



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Ensayos antiespecistas

Reflexiones transdisciplinarias sobre la cuestión animal

Trabajo final de grado

Autor: Gustavo Medina Pose

Tutor: Gonzalo Correa

Revisor: Luis Gonçalvez Boggio



Manos anónimas. Carlos Alonso (Argentina), 1976-2019

Agradecimientos

A toda mi familia, pero especialmente a mi padre y a mi madre, mis motores intelectuales y afectivos. A mi amiga Lic. en nutrición Analía Herrera, quien ha sido una fuente de información valiosa en su materia. A mi amigo Lic. en sociología Sebastián Sansone, quien me ha prestado una mano importante a la hora de leer y comentar los textos. A Libertà, Narki, Eros, Perla, Hernández y Fernández, por enriquecer mi mundo. Y a toda la colectividad anónima —“esa banda inconsolable de perros sin folleto”— que lucha por el fin de la explotación animal y de toda forma de explotación.

Contenido

Agradecimientos	3
Introducción	5
Presentación temática	5
Problematización de lo social (humano)	6
PRIMERA PARTE: CATÁSTROFE, ECOLOGÍA Y ANIMALIDAD	14
I. El coronavirus y la cuestión animal	15
II. Cuando la ONU no se equivoca: contribución al debate sobre nuestra carne y la salud del planeta	22
SEGUNDA PARTE: DIETÉTICA, TECNOLOGÍA Y POLÍTICA	27
III. Tiembla la industria alimentaria de explotación animal	28
IV. Una postura antiespecista frente a la carne sintética	33
V. Osteoporosis y veganismo (o Réquiem para la industria láctea)	39
TERCERA PARTE: RACISMO Y PRODUCCIÓN ANIMAL	45
VI. 1º de Mayo: la explotación invisible	46
VII. Prohibición de razas caninas: una postura antiespecista	53
Conclusiones	60
Referencias bibliográficas	62
Filmografía	65

Introducción

Presentación temática

Por estas páginas desfilarán una serie diversa de temas que en verdad no son más que variaciones de un mismo problema, a saber, el estatus de lo animal y lo humano en el pensamiento occidental, pero refractados por el prisma del antiespecismo. De este modo, discurrirán tópicos tales como la pandemia por covid-19, la crisis ecológica global, el impacto ambiental del consumo de carne, los conflictos en torno al etiquetado de alimentos, la novedad de la carne sintética, una reflexión sobre los animales que trabajan, una fuerte crítica a la industria láctea por su responsabilidad en la incidencia de la osteoporosis y, finalmente, una postura en torno al *pedigree* canino.

Es así que confluyen saberes de diversas disciplinas tales como etología, derecho, sociología, nutrición, lingüística, ecología y, por supuesto, psicología —en particular, de la psicología social—. De ahí la búsqueda del saber transdisciplinario que propone el subtítulo del trabajo.

Todos los capítulos que integran este ensayo excepto uno —“Osteoporosis y veganismo (o Réquiem para la industria láctea)”— han sido publicados como artículos en prensa entre marzo de 2020 y julio de 2021. No obstante, el orden de publicación ha sido sustituido en pos de una agrupación por afinidades temáticas, y el contenido ha sido revisado, incluyendo reformulaciones y mutilaciones de algunas partes.

Una vez leída esta introducción, la lectura de los capítulos puede hacerse en el orden deseado, ya que en la escritura, a pesar del reagrupamiento temático, no se buscó un sentido en la unidad, sino en el *entre*. Esto quiere decir que es en el encuentro entre lo humano y lo animal donde queremos situar la reflexión, cuestionar lo humano a partir de lo animal, y viceversa, con el fin de disolver esa vieja esencia dicotómica que, como tantas otras expresiones del pensamiento de *lo mismo*, ha reducido el potencial reflexivo impidiendo el desarrollo mucho más valioso del pensamiento de *lo múltiple* y *lo complejo*.

De este modo, el trabajo se propone problematizar el estatus ontológico de lo humano y lo animal a través de una reconceptualización del especismo como una expresión antropocéntrica del racismo de Estado, y cuestionar a la psicología social como ciencia humana abogando por su desantropocentrización. Se propone abordar estos temas desde una escritura ensayística que aborde problemas cotidianos y coyunturales con diversidad de teorías.

Estas reflexiones se nutren también del campo militante por la causa animal. De ahí que muchas veces la pasión me llevase a debatir acaloradamente con periodistas mal informados (en el capítulo II) o a impugnar ciertos postulados que se tienen como axiomas indiscutibles en muchas disciplinas (por ejemplo, la necesidad natural de consumir productos animales, en la nutrición). En este sentido, los ensayos pueden concebirse como un ejercicio de la práctica de la *parrhesía* analizada por Foucault en su último curso en el Collège de France. Allí definió a esta forma de subjetivación en torno al discurso como “el coraje de la verdad en quien habla y asume el riesgo de decir, a pesar de todo, toda la verdad que concibe [...]. La parrhesía [...] es una manera de ser que se emparenta con la

virtud, una manera de hacer (Foucault, 2010: 32). A la manera de Sócrates, agrega, “el parresiasta es el interpelador incesante, permanente, insoportable” (2010: 37). Al cabo de este trabajo puedo decir, por lo tanto, que mi implicación parresiasta ha dado sus frutos: el antiespecismo ha modificado mi forma de comprender la psicología social, especialmente el biopoder, mientras que mi acción militante antiespecista se ha visto fortalecida por estas teorías —evidenciando así, nuevamente, que la división entre teoría y práctica no es más que analítica—.

Problematización de lo social y lo humano

A pesar que el subtítulo de este trabajo propone la transdisciplinariedad, existe (resiste) una tradición académica e institucional que nos fuerza a tomar partido por una disciplina (¡ay de la taxonomía del saber-poder!). En tal caso, diremos que este trabajo pertenece a la psicología social, campo que ha debido recorrer un largo derrotero para llegar a albergar en su seno la cuestión animal.

Para brindar una definición laxa, “la psicología social es una disciplina que estudia cómo los fenómenos psicológicos están determinados y conformados por procesos sociales y culturales”. Se dirá de esta que posee “un largo pasado pero solamente una breve historia” porque sus fundamentos filosóficos se remontarían a la Antigüedad griega, mientras que su identidad propia y organización como ciencia datarían de la segunda mitad del siglo XIX (Ibáñez, 2004: 53-4).

Inicialmente preocupada por delimitar su “unidad de análisis” —¿el individuo influenciado por la sociedad o la sociedad constituida por los individuos?— y desarrollando una incipiente conceptualidad que gravitaba en torno a nociones como “instinto”, “imitación”, “sugestión” y “fenómenos de masas”, entre otros, la psicología social estaba más preocupada por la conservación del *status quo* que por el cuestionamiento y apuesta por la transformación social (Ibáñez, 2004). Aún luego de la “crisis” sufrida en los años 1960 —que diera lugar al surgimiento del socioconstruccionismo—, el sujeto de la psicología social aún seguía siendo el humano, aunque ya no como individuo, sino como “relaciones entre personas”, “interacciones simbólicas” o “dimensión subjetiva de la realidad social”. De este modo, nociones como “sociedad” o “realidad social” referían a las relaciones humanas entre humanos, excluyendo de ellas a los demás animales y a los objetos inanimados.

En algunos casos, cuando otros animales fueron integrados al análisis de la acción humana, lo fueron desprovistos de sintiencia y agencia, y normalmente como objetos de diseños experimentales. En este cúmulo de estudios, generalmente pertenecientes a la escuela positivista de la psicología, pueden encontrarse casos de extrema crueldad como los experimentos de Harry Harlow con monos rhesus sobre la depresión anaclítica, o los más inocuos trabajos sobre el apego con diferentes especies animales hechos por John Bowlby. Aquí puede mencionarse además el caso del caballo Hans, quien era capaz de responder acertadamente a diversas preguntas matemáticas, como multiplicaciones y divisiones, además de ser capaz de diferenciar colores y tonos e intervalos musicales:

Desconociendo sus capacidades [...] el psicólogo alemán Oskar Pfungst (1911) analizó esta situación como un caso de influencia. Desde la psicología moderna se llegó a la conclusión que este tipo de desvíos debían ser erradicados de sus investigaciones, dado que podían constituirse en una amenaza para el logro de los experimentos (Bonilla, 2019).

No deja de ser inquietante en esta breve genealogía del animalismo en la psicología social, que John Broadus Watson, el padre de la psicología conductista, haya sentenciado que “el conductista, en los esfuerzos por obtener un esquema unitario de la respuesta animal, no reconoce ninguna línea divisoria entre el hombre y la bestia” (citado en Ibáñez, 2004: 80). Cabe preguntarse, entonces, ¿cuál es la diferencia, en sus etapas fundacionales, entre el *behaviorismo* (conductismo) y la etología? Prácticamente ninguna, excepto el prejuicio de especie antropocéntrico.¹ No obstante ello, y como tendremos oportunidad de observar más adelante, la etología ha derivado en configuraciones mucho más amistosas con la causa animal, tal como la obra de Jakob von Uexküll y la etología filosófica de Vinciane Despret.

Como puede observarse, el lugar de lo animal en la psicología social y demás ciencias ha sido problemático. En filosofía este problema remite al estatus ontológico animal/humano, esto es, a la pregunta por tales entes y sus consecuencias en el campo de la ética. La respuesta hegemónica de la filosofía y las ciencias a esta problemática ha sido la de la exclusión de los animales y el fortalecimiento del antropocentrismo. No obstante ello, siempre han habido, desde la Antigüedad —por ejemplo, Pitágoras— pensadores que han resistido esta idea. Actualmente asistimos a un cada vez más visible esfuerzo académico por desantropologizar el pensamiento —del cual la constitución de los Estudios Críticos Animales como campo de saber son una muestra—, que postula un “giro animal” en la filosofía (especialmente a partir de la obra de Jacques Derrida) y “decreta” el fin de la excepcionalidad humana (Jean-Marie Schaeffer).

En esta línea histórica puede rescatarse el pensamiento de Gabriel Tarde, un sociólogo eclipsado por Emile Durkheim, quien aportara algunas bases para pensar la socialidad allende lo humano. Proponía que todo elemento es de por sí una sociedad, sosteniendo así la posibilidad de sociedades más que humanas: “esos elementos últimos en los cuales desemboca toda ciencia —el individuo social, la célula viviente, el átomo químico— no son últimos más que para la mirada de su ciencia particular. Ellos mismos son compuestos [...] sin exceptuar incluso al átomo” (Tarde, 2006: 28). En otras palabras, “toda cosa es una sociedad” y “todo fenómeno es un hecho social”. De este modo, es posible hablar de “sociedades animales”, “sociedades celulares”, “sociedades atómicas” y “sociedades astrales” (2006: 55). Además, agrega que la socialidad es una cualidad previa del ser: “desde el comienzo, los árboles han sido bosques, las abejas colmenas, los hombres naciones” (2006: 31). ¡Vaya afrenta al liberalismo burgués!

Aunque en su obra no abordó en exclusividad el problema de lo animal, sí se refirió al “prejuicio antropocéntrico” en función del cual “juzgamos los seres tanto menos inteligentes cuanto menos los conocemos” (Tarde, 2006: 47), a la vez que degradaba del siguiente modo el clásico estatus humano: “siendo las sociedades celulares mil veces más antiguas que las sociedades humanas, la inferioridad de estas últimas no tendría nada de sorprendente” (Tarde, 2006: 61).

En otra de sus obras, “La variación universal”, aporta elementos para argumentar por la postura sensocentrista, que tan importante devino luego para la defensa de los derechos

¹ Por cierto, la bioética adolece de este mismo estatuto problemático. ¿Acaso es posible una ética sin tener en cuenta lo viviente? ¿Cuál sería la diferencia, *strictu sensu*, entre ética y bioética? Otra interpretación posible de este hiato es que responda a una necesidad de visibilizar la causa animal. De este modo, la bioética sería un intento de reconciliar la ética con los derechos animales, y la etología sería un intento de superación del *behaviorismo*. Pero esta reflexión escapa a este trabajo.

animales, aunque no haya concluido en un rechazo de la explotación animal: “las grandes oposiciones de la belleza y la fealdad, del progreso y la decadencia, de la salud y la enfermedad, se reducen a la del placer y el dolor y no se comprenden sin ella. Por consecuencia, los seres insensibles, tales como las plantas, no podrían tener meta. Para ellas no es ni un bien ni un mal morir o fracasar” (2006: 110).

* * *

No obstante los aportes señalados anteriormente —y tantos otros omitidos— fueron apoyados en la obra de Michel Foucault que los estudios críticos animales han despuntado, especialmente en base a su teorización sobre el biopoder. Éste constituye una de las formas que el poder ha adoptado en Occidente a partir del siglo XVII, reemplazando a las sociedades de soberanía —donde el poder se arrogaba el derecho de hacer morir (la “sociedad de espada”)— por las sociedades disciplinarias, en las cuales “la vida es tomada como objeto de poder y puesta a producir: producir mercancías sí, pero también a producir vida” (Correa, 2019: 7).

Con este afán de aumentar las potencialidades de lo vivo, surgen nuevas y diversas categorías conceptuales tales como las ideas de población y disciplina; saberes (disciplinarios) como el higienismo, la estadística y la medicina modernas; e instituciones como hospitales, cuarteles, escuelas, cárceles y fábricas. De este modo, el biopoder instaló dispositivos y técnicas de seguridad en torno a todo lo que haya de aleatorio en las poblaciones y en los individuos con el fin de optimizar la vida y obtener estados totales de equilibrio. En palabras del autor:

En los siglos XVII y XVIII [...] se ven aparecer técnicas de poder centradas especialmente en el cuerpo, en el cuerpo individual. Se trata de aquellos procedimientos mediante los cuales se aseguraba la distribución espacial de los cuerpos individuales (su separación, su alineamiento, su subdivisión y su vigilancia) y la organización —alrededor de estos cuerpos— de todo un campo de visibilidad. Se trata, aparte, de todas las técnicas gracias a las cuales se cuidaba a los cuerpos y se procuraba aumentar su fuerza útil a través del trabajo, el adiestramiento, etcétera (Foucault, 1976: 195).

Sin embargo, es importante destacar que la biopolítica no sustituye por completo a las técnicas de las sociedades anteriores, sino que las integra y las modifica. En otras palabras, “el ejercicio del poder deja de concebirse como represivo y asesino, y pasa a ser productivo y ‘creador de vida’, sin que esto signifique la renuncia a ‘sus funciones homicidas y represivas’” (Correa, 2019: 7).

Tenemos, entonces, un biopoder que ejerce un disciplinamiento sobre la especie mediante técnicas que se focalizan en la población (biopolítica) y, simultáneamente, un disciplinamiento sobre individuos (anatomopolítica). De esta última podemos decir que su fin es domesticar el cuerpo y producir individualidad productiva. A este servicio estuvieron, y siguen estando, la gimnasia, el higienismo, la medicalización (muy especialmente la psiquiatría), la psicología, la pedagogía y cualquier otra disciplina cuyos fundamentos emanen del Estado.

En su libro *En defensa de la sociedad* Foucault sostiene que es esta intersección entre el poder soberano y el biopoder lo que dará lugar al racismo europeo, entendido como “el modo en que, en el ámbito de la vida que el poder tomó bajo su gestión, se introduce una

separación, la que se da entre lo que debe vivir y lo que debe morir” (1976: 206). Lejos de la imagen tradicional del racismo como discriminación a una raza o etnia, el racismo conceptualizado por este autor refiere a una cesura en el ámbito biológico, una tecnología que pretende permitir el ejercicio del biopoder y el viejo derecho soberano de matar, cumpliendo una función reguladora en “la distribución de la muerte y en hacer posible las funciones mortíferas del Estado. Es [...] la condición de aceptabilidad de la matanza” (Foucault citado en Mbembe, 2011: 23).

No obstante ello, un continuador de la obra foucaultiana, Achilles Mbembe, acierta en visibilizar que el funcionamiento de los dispositivos biopolíticos desplegados por los Estados europeos analizados por Foucault, no habrían existido de no ser por la producción paralela de los dispositivos que él denomina necropolíticos, esto es, aquellos que tienen como fin la producción de muerte y que el viejo continente emplazó en gran medida en sus colonias. En otras palabras, Mbembe hace una observación muy acertada: el biopoder europeo floreció en base al necropoder de la esclavitud y el campo de concentración ultramarinos.

Llegados a este punto, tenemos ya una conceptualidad mínima para ubicar al *especismo como una expresión antropocéntrica del racismo de Estado*. En efecto, así como el racismo establece una cesura en el ámbito biológico, del mismo modo lo hace el especismo, para el cual la pertenencia a la especie humana indica una jerarquía en cuya función se legitima el derecho de hacer vivir y morir, según las circunstancias, a las demás especies animales.

Al igual que el racismo, además de estar fundamentado biológicamente, el especismo también es ejercido por el Estado, cuestión que tendremos ocasión de observar a lo largo de estos ensayos, al señalar las alianzas entre los dispositivos de explotación animal y los de explotación estado-capitalista. Esta idea cobra especial relevancia en el contexto nacional, donde la economía política está hegemonizada por la élite ganadera. Los *lobbies* cárnicos y lácteos en las políticas de Estado y los intereses de la Asociación Rural tras los golpes de Estado son sólo una muestra de ello. A modo de ejemplo, estos aspectos los analizo en el capítulo III (al desnudar los intereses de la industria cárnica en la normativa de etiquetado de alimentos); en el capítulo IV (donde analizo normativa respecto al uso de tierras) y en el capítulo V (donde expongo los intereses del *lobby* lácteo y su influencia en las políticas alimentarias). También presento estas ideas, pero por fuera del ámbito nacional, en el capítulo VII, cuando planteo la similitud entre los dispositivos del *pedigree* del mascotismo y el ideal racial eugenésico nazi.

Continuando con la analogía propuesta, podemos además distinguir diferentes disciplinas, dispositivos y técnicas biopolíticas y anatomopolíticas que serían propias de un especismo entendido como racismo de Estado antropocéntrico. En efecto, tenemos a la eugenesia (más conocida como selección artificial), la zootecnia, la veterinaria y la agronomía como saberes legítimos y expertos cuyos fines son potenciar la vida y producir la muerte de los demás animales con fines estado-capitalistas. Por mencionar algunos ejemplos, señalemos el “destete” forzado aplicado a los terneros en la industria láctea, como una técnica de separación de cuerpos y de control sexual que busca aumentar la producción de leche (para consumo humano) y hacer morir al ternero (produciendo así carne —y mucho dinero—). En esta misma línea puede ejemplificarse con la vivisección, la inseminación artificial, la trazabilidad del ganado y tantos otros casos más que se presentarán a lo largo del trabajo.

* * *

Como se ha dicho, las teorizaciones de Foucault abonaron un campo fértil para el estudio de la cuestión animal que ha fructificado en muchas direcciones. En efecto, una de las continuaciones más importantes de su obra puede encontrarse en Giorgio Agamben, quien sostiene que “la relación entre el hombre y el animal delimita [...] un ámbito esencial” que debe implicar a “la filosofía primera” puesto que se trata de una “operación metafísico-política fundamental [...] en la cual sólo algo así como un ‘hombre’ puede ser decidido y producido” (Agamben, 2016: 47). En otras palabras, la definición de qué es un hombre es un campo de batalla sociohistórico que incluso va más allá de la cuestión humana y llega incluso hasta la definición de la propia vida: “Parecería que, en nuestra cultura, la vida fuese *lo que no puede ser definido, pero, precisamente por esto, lo que debe ser incesantemente articulado y dividido*” (2016: 31, cursivas del autor).

En contra de la tradición cartesiana, sostiene que

tenemos que aprender, en cambio, a pensar el hombre como lo que resulta de la desconexión de [los] elementos [cuerpo y alma] y no investigar el misterio metafísico de la conjunción, sino el misterio práctico y político de la separación. ¿Qué es el hombre, si siempre es el lugar —y, al mismo tiempo, el resultado— de divisiones y cesuras incesantes? (2016: 35).

Y es precisamente esta genealogía de la cesura óptica-antropológica lo que realiza en *Lo abierto*. En su análisis histórico de la taxonomía, con especial énfasis en la primatología, Agamben retoma a Carlos Linneo, quien finalmente concluyó que “el hombre no tiene ninguna identidad específica, excepto la de *poder reconocerse*”, es decir, “*el hombre es el animal que tiene que reconocerse humano para serlo*” (cursivas del autor) (2016: 57). De este modo,

Homo sapiens no es, por lo tanto, ni una sustancia ni una especie claramente definida; es, más bien, una máquina o un artificio para producir el reconocimiento de lo humano. Según la sensibilidad de la época, la máquina antropogénica (o antropológica) [...] es una máquina óptica [...] constituida por una serie de espejos en los que el hombre, mirándose, ve su propia imagen siempre deformada en rasgos de mono. Homo es un animal constitutivamente ‘antropomorfo’ [...] que tiene que, para ser humano, reconocerse en un no hombre (2016: 58).

Aquí es preciso agregar que la cesura que instaura la máquina antropogénica se da inclusive en el interior del hombre, esto es, excluyendo de la condición humana no sólo a animales no humanos sino también a humanos “no tan humanos”. Es así que podemos comprender la exclusión histórica de amplios colectivos humanos como mujeres, esclavos, negros, indígenas, judíos, etcétera.²

* * *

Puesto que la dignidad de lo humano es una cuestión de rango (Agamben, 2006: 63), puede apreciarse que el principio que rige y ordena los cuerpos en la máquina antropológica es el

² Justamente en el momento en que escribo estas líneas leo la siguiente noticia: “Un hincha de Boca fue detenido por gestos racistas en la previa del partido con Corinthians. El simpatizante fue retirado de una de las gradas del estadio por la policía. En un video que circula en las redes sociales se lo puede ver imitando a un mono” (27/4/22). Enlace: <https://www.elterritorio.com.ar/noticias/2022/04/27/745801-un-hincha-de-boca-fue-detenido-por-gesto-s-racistas-en-la-previa-del-partido-con-corinthians>

de jerarquía. Y aquí es menester introducir una digresión importante: fue y es el anarquismo la única filosofía política que ha rechazado por completo a la jerarquía como fundamento de la socialidad.

Una definición clásica y sintética del anarquismo fue redactada por Piotr Kropotkin para la *Encyclopædia Britannica*:

ANARCHISM: the name given to a principle or theory of life and conduct under which society is conceived without government (from the Gr. *ἀν*, and *ἀρχή*, contrary to authority). Harmony in such a society being obtained, not by submission to law, or by obedience to any authority, but by free agreements concluded between the various groups, territorial and professional, freely constituted for the sake of production and consumption, as also for the satisfaction of the infinite variety of needs and aspirations of a civilized being. (1957: 873)

Traemos esto a colación porque aventuramos que la propuesta anarquista, tanto en su versión clásica, como especialmente en sus derivas postestructuralistas, tiene mucho para ofrecer a la teoría y práctica antiespecistas. A lo largo del trabajo se plantea algunas alusiones a esta cuestión y luego concluimos en la necesidad de profundizar estas líneas de amistad.

* * *

En un plano de reflexión muy similar al de Agamben, Jean-Marie Schaeffer sostiene que en Occidente la concepción de lo humano, la identidad del *homo sapiens*, ha sido definida a partir de una antinomia que lo separa del resto de los seres vivos, esto es, de una excepcionalidad. Propone llamar a esta convicción *tesis de la excepción humana*. Esta tesis resulta de la conjunción de cuatro afirmaciones:

En primer lugar [...] afirma que existe una diferencia de naturaleza entre el hombre y el resto de los seres vivientes. Por lo tanto, postula lo que en términos técnicos se puede llamar una *ruptura óptica* en el interior del orden de lo viviente. [...] En segundo lugar, la tesis implica, en consecuencia, una interpretación muy particular del *dualismo ontológico*, es decir, de la creencia, ampliamente extendida en el mundo, en la existencia de dos planos de ser, uno llamado (en Occidente) “material” y otro llamado (en Occidente) “espiritual”. [...] En tercer lugar, la tesis implica una *concepción gnoseocéntrica del ser humano*, es decir que afirma que lo que hay de propiamente —y exclusivamente— humano en el hombre es el conocimiento [...]. En la forma teológica [...] se dice que sólo el hombre puede conocer a su creador, porque es el único ser a su imagen. [...] En cuarto lugar, [...] la tesis plantea que el conocimiento de lo que es propiamente humano en el hombre exige una vía de acceso y un tipo de conocimiento que se distinguen radicalmente de los medios cognitivos que nos permiten conocer a los otros seres vivientes y a la naturaleza inanimada. [...] la tesis desemboca en un ideal cognitivo antinaturalista (Schaeffer, 2009: 23-25, cursivas del autor).

Schaeffer argumenta que los intentos por fundamentar la excepcionalidad humana teniendo como referencia al hombre como medida de todas las cosas han sido todos un rotundo fracaso filosófico —esto es, un fracaso total—. Conforme avanza el conocimiento científico, sostiene, descubrimos que los postulados según los cuales el *homo sapiens* era una especie ópticamente distinta y superior, no eran más que prejuicios sin sustento teórico y empírico. Es así que se ha derribado los esencialismos del hombre como ser político (el *zoon politikón* aristotélico), del hombre como ser racional y lingüístico (*lógos*), del hombre como ser sagrado (a imagen y semejanza de dios), del hombre como ser cultural y moral (el objeto de la antropología), etcétera.

El autor propone que para superar el dualismo ontológico cuerpo/alma cartesiano es necesario conectar con los fundamentos biológicos de la humanidad despejando así “los malentendidos del ‘naturalismo’” propios de la excepcionalidad humana —lo que denomina enfoque mesocósmico—. Vale explicar un poco este enfoque “externalista” de la cuestión humana:

[...] tomar en serio la perspectiva mesocósmica del hombre como ser viviente —por lo tanto, como ser biológico— impone un desplazamiento de perspectiva. Ya no se puede partir del individuo, sino únicamente de la humanidad como colectividad, y por tanto, como forma de vida biológica (biología que es la de un ser social). [...] esto no significa que el esencialismo del sujeto deba ser reemplazado por un esencialismo de la “naturaleza humana”. El “Hombre” no es una “naturaleza” o una “esencia”. Es la cristalización genealógica provisional e inestable de una forma de vida en evolución, a saber, la humanidad en cuanto especie. El cambio de perspectiva no propone reemplazar al individuo por la clase sino el fijismo por la genealogía (2009: 106).

* * *

Para finalizar esta introducción, y a propósito de la biología, es menester señalar que esta misma disciplina también encuentra sus dificultades para determinar con exactitud lo animal y lo humano, así como el ser individual y el colectivo —por no referirnos al problema mucho más fundamental de qué es la vida, su “objeto” de estudio—. La historia de su taxonomía, caracterizada por virajes repentinos y grandes reclasificaciones, es una muestra de ello. Seleccionamos dos ejemplos para ilustrarlo: los corales marinos y la microbiota humana.

Por un lado, el coral es una sociedad de pólipos (animales) asociados con células vegetales, por lo cual se lo denomina holobionte:

Los corales marinos son animales coloniales, [...] pertenecientes al filo Cnidaria, la mayoría a la clase Anthozoa aunque algunos son de la clase Hydrozoa. Los corales están formados por cientos o miles de individuos llamados zooides. [...] El animal conocido como coral, el pólipo, mide desde apenas unos milímetros a algunos centímetros de diámetro. Los del orden Scleractinia tienen la capacidad de fijar sobre sus tejidos el carbonato de calcio disuelto en el mar y así formar las estructuras rígidas características. [...] Los diferentes colores que presentan se deben tanto a los diferentes pigmentos de sus tejidos [...] como a unas microalgas que viven en simbiosis con la mayoría de los pólipos coralinos y que reciben el nombre de zooxantelas. Tan solo algunos géneros de corales como Tubastraea, Dendronephthya o parte de las gorgonias no son fotosintéticos. Las algas realizan la fotosíntesis produciendo oxígeno y azúcares, que son aprovechados por los pólipos, y se alimentan de los catabolitos del coral (especialmente fósforo y nitrógeno). Esto, en el caso de los corales fotosintéticos, les proporciona del 70 al 95 % de sus necesidades alimenticias. El resto lo obtienen atrapando plancton. Por esta razón el coral necesita aguas transparentes para desarrollarse, para que las zooxantelas realicen así la fotosíntesis (Wikipedia: Coral, consultado el 22/3/2022).

Dado que el coral es irreducible a la individualidad y a la animalidad, podemos preguntarnos: ¿dónde empieza y termina el animal y el vegetal? ¿Dónde empiezan y terminan el individuo y la sociedad?³

³ Similares cuestionamientos pueden hacerse al líquen, aunque en este caso el holobionte está conformado por células vegetales o bacterianas y fúngicas.

Por otro lado, contra la idea corriente de que poseemos un cuerpo humano, hoy se sabe que “hay más células bacterianas en nuestro intestino que células humanas en todo el cuerpo. De hecho, sólo un 10 % del ADN de nuestro cuerpo es humano. El resto está en nuestro microbioma, es decir, en los microbios con los que compartimos la ‘comunidad ambulante’ a la que llamamos cuerpo” (Greger, 2017: 0m22s).

PRIMERA PARTE: CATÁSTROFE, ECOLOGÍA Y ANIMALIDAD

Diversos actores, pero principalmente científicos y ambientalistas, vienen advirtiendo hace décadas sobre la posibilidad de una catástrofe ecosocial que ponga en severo riesgo la continuidad de la humanidad. Desde el “desarrollismo sostenible” postulado por el Club de Roma (Meadows, 1972) hasta el anarquismo primitivista de Kaczynski (1997) y las reflexiones antidesarrollistas de Taibo (2016), pasando por el reciente informe del Panel Internacional sobre Cambio Climático (IPCC), se ha proporcionado argumentos filosóficos y evidencia científica para fundamentar la necesidad de un inminente cambio en los modos de vida si es que se desea evitar dicho fatídico desenlace. Se sostiene incluso, en la geología, que estaríamos transitando una etapa caracterizada por el primado del impacto antrópico sobre la Tierra, esto es, el Antropoceno (Trischler, 2017).

No obstante, pocos de ellos ponen el énfasis en la responsabilidad de la máquina antropológica —o, en uno de sus efectos, la explotación animal— como agente catastrófico. A modo de ejemplo, en las 3945 páginas que conforman el informe sobre cambio climático del IPCC, la palabra “*cattle*” (ganado) aparece apenas cuatro veces. En este sentido, el ambientalismo *mainstream* es funcional al utilitarismo capitalista.

En esta sección queremos ir a contracorriente y poner de relieve los peligros actuales y potenciales de la explotación animal para la propia especie humana. Entre otras, nos hacemos las siguientes preguntas: ¿Cuál es el efecto de la máquina antropológica en los ecosistemas? ¿En qué medida la pandemia de covid-19 es explicable por la explotación animal? ¿Cómo producir mundos más habitables y hospitalarios para todos y no sólo para quienes lucran con la explotación animal?

I. El coronavirus y la cuestión animal⁴

1887, Isla de Malta: primeros casos documentados de brucelosis en humanos, originados por contactos con ovinos, bovinos, caprinos y cerdos, entre otros animales de explotación, comúnmente denominados “de granja”. 1976, República democrática del Congo: se detectan dos brotes de ébola, por manipulación de chimpancés y consumo de carne de cerdo. 1981, África ecuatorial: se documentan los primeros casos de SIDA causados por el VIH, mutación del virus de inmunodeficiencia simia (VIS) proveniente de chimpancés y otros primates. 1997, Hong Kong: se desata epidemia de gripe causada por el patógeno viral H5N1, por contacto aviar. 2002, sudeste asiático: brote de coronavirus del síndrome respiratorio agudo grave (SRAS), por consumo de civetas. 2009, EUA: brote de gripe A (H1N1) por contagio de cerdos a humanos que acaba en pandemia global. 2012, Oriente Medio, África y Asia Meridional: aparece el síndrome respiratorio de Oriente Medio (MERS) por contacto con dromedarios infectados. 2019, China: brote de covid-19, por contacto con murciélagos, serpientes, pangolines y civetas, entre otras especies ofrecidas como carne, pieles y supuestos usos medicinales, en el mercado de Wuhan.⁵ A esta enumeración, propia de un distópico escenario de ciencia ficción, podrían sumarse infecciones como la causada por *Escherichia Coli* —proveniente de las heces de animales que, una vez sacrificados, entran en contacto con su carne, o que al depositarse en el suelo contaminan las hortalizas—, o de parasitosis como la hidatidosis, entre tantas otras afecciones.

Hay algo que todas ellas tienen en común y que poco o nada se problematiza: su origen en otras especies animales. En la vorágine massmediática del covid-19 se ha hablado de todo un poco: datos de morbimortalidad, distribución geográfica, conductas de prevención, famosos infectados, etcétera. Sin embargo, se ha soslayado con una liviandad exasperante el hecho de que se trata de un virus zoonótico, es decir, que originariamente se transmitió de los animales a los humanos. Habrá, pues, que analizar los modos en que el *homo sapiens* se relaciona con los demás animales.

El principal uso destinado a los animales es el de ser fuentes de alimento para humanos, y también para otros animales (¿de qué está hecha la comida para mascotas?). Otro uso masivo de los cuerpos animales es para la vestimenta, mediante el uso de cuero, lana y otras pieles. También se los utiliza para trabajar; es el caso de la tracción a sangre. Aunque no ampliamente sabido, los animales son objeto de la actividad científica: testeos de las industrias farmacoquímica y cosmética, vivisección (disección practicada en un animal vivo) y diseños experimentales propiamente dichos con fines de investigación. Por si fuera poco, son también usados para el ocio y esparcimiento humanos en circos, hipódromos, canódromos, riñas, zoológicos, etcétera. Finalmente, pero sin agotar esta lista, está el mascotismo, ese extraño agenciamiento basado en la domesticación en el cual se anudan búsquedas de prestigio y moda, intereses afectivos (compañía, seguridad, compensaciones narcisistas, desarrollo del delirio racial eugenésico consagrado por el *pedigree*) e intereses

⁴ Este capítulo es una versión modificada de los artículos “El coronavirus y la cuestión animal” y “La salud, de todos” publicados en *la diaria* y *Brecha* respectivamente.

⁵ Estas reflexiones dejan a un lado la menos probable explicación del origen del SARS-CoV-2 en laboratorios experimentales o como arma biológica. De todos modos, sin importar cuál sea el “verdadero” origen del mismo, estas ideas no pierden ninguna validez y urgencia.

económicos (cementerios, guarderías, *coiffeurs*, podólogos, psicólogos, ropa y comida para mascotas).⁶

Es evidente que los demás animales son objetos de una aceitada maquinaria técnica de producción de muerte. Los mecanismos que sostienen este conjunto de violencias son a su vez los causantes de los principales problemas ecológicos actuales: la deforestación de bosques y selvas y su consecuente desertificación (para generar tierras para pastoreo de ganado); la contaminación por agrotóxicos y la pérdida de fertilidad de los suelos (por el uso intensivo de suelos para cultivos forrajeros); la pérdida de la biodiversidad (por la extinción masiva de especies al privilegiar aquellas que poseen fines utilitarios, como el ganado); el aumento del calentamiento global (debido a la emisión de gases de efecto invernadero del ganado); la escasez hídrica para riego; la resistencia microbiana a los antibióticos, y otros graves problemas que enfrentan a la humanidad a la perspectiva del colapso ecológico (Intergovernmental Panel on Climate Change, 2021; FAO, 2009). Mientras tanto, la “comunidad” científica, cegada por los intereses corporativos y el paladar de los consumidores —que es también el suyo—, mira para otro lado.

Estos modos de relacionamiento con los demás animales están fundamentados en los diferentes relatos cosmogónicos, religiosos, filosóficos y científicos que la humanidad ha desarrollado a través de la historia. Allende sus particularidades sociohistóricas, estos relatos comulgan en un punto: el antropocentrismo, esto es, el ser humano como centro de todo lo existente y como fin de toda creación —en su versión religiosa— o evolución —en su versión moderna-secular—. Esto es patente en el relato del *Génesis*, para el primer caso, y en la teoría de la evolución de Charles Darwin, para el segundo, por solo mencionar unos ejemplos.

Según la teoría darwiniana, la vida ha evolucionado, mediante mecanismos de selección natural, de formas más simples a formas más complejas. Una de sus hipótesis subyacentes indica que la *competencia* por los recursos limitados lleva a la lucha por la vida intra e interespecies. Lejos de enjuiciar la veracidad de esta teoría —la cual, por cierto, acumula mucha evidencia a su favor—, lo que aquí se pretende discutir son algunos de sus efectos en la conformación de la subjetividad contemporánea. Precisamente esto mismo ha hecho el pensador anarquista Kropotkin quien, en su clásico libro *El apoyo mutuo* (2015), demuestra con ejemplos biológicos e históricos (él mismo era un reconocido científico, geógrafo y naturalista), cómo la ayuda mutua y la *cooperación* son factores más importantes de evolución que la lucha y la competencia. En otras palabras, “las especies más evolucionadas (mejor adaptadas a la supervivencia) son aquellas que más desarrollado tienen el instinto cooperativo, así como también, en la historia humana, las épocas y pueblos más florecientes fueron aquellos que más practicaron y desarrollaron el apoyo mutuo” (D’Auria, 2007: 136). Contrariamente, en las especies o sociedades donde decae el apoyo mutuo, acaece la pérdida generalizada de la vitalidad, diezmando así sus fuerzas para la lucha por la supervivencia, al punto de llegar a la extinción.

Un mínimo examen de realidad revela que los humanos, entre sí y con otras especies, lejos de establecer relaciones solidarias de mutualismo, comensalismo o simbiosis, nos relacionamos preponderantemente mediante el parasitismo, la depredación y la explotación. La hiperexplotación capitalista de todas las formas de vida, la urbanización creciente, la

⁶ Profundizamos sobre el mascotismo en el capítulo VII.

globalización totalizante y el aceleracionismo histórico potencian la nocividad de esas asociaciones y nos enfrentan a retos que requieren de grandes obras para afrontarlos. Se precisa mucho más que un lavado de manos y un tapabocas para salir del laberinto en que nos puso el sueño de la razón.

La actual pandemia de covid-19 puede servirnos para iluminar nuestra debilidad frente a las formas más primitivas de vida —se discute incluso si los virus son vida— y descentramos de esa posición privilegiada y omnipotente en la que nos hemos autocolocado. La teoría de Gaia presentada por el químico James Lovelock y la bióloga Lynn Margulis sostiene que la biósfera tiende siempre a una homeostasis hospitalaria que permite la continuidad de las heterogéneas formas de vida. En esta búsqueda permanente por el equilibrio vital, el daño humano al ambiente —efecto antrópico— será objeto de nuevos re equilibrios, aún cuando éstos impliquen afectar su continuidad y/o calidad de vida en la Tierra. En otras palabras, como un perro que se sacude las pulgas, Gaia encontrará el modo de sacudirse la plaga humana en caso de ser necesario (no sería ésta la primera extinción masiva que ha sobrevivido el planeta).

* * *

Yendo a la evidencia científica más “dura”, el informe “Prevenir próximas pandemias” editado en 2020 por el Programa para el medio ambiente de las Naciones Unidas (PNUMA) calcula que un 60 % de las infecciones humanas son de origen animal y que cerca de un 75 % de todas las enfermedades infecciosas humanas nuevas y emergentes “saltan entre especies”, de los demás animales a los humanos. Si bien esto ha sido así desde la domesticación de animales salvajes, hace aproximadamente 12.000 años, el pasaje de un virus animal a humanos es cada vez más factible debido a la intensificación de la explotación que hacemos de ellos y del ambiente; a su vez, la masificación en ciudades y el incremento de la conectividad del transporte aéreo facilitan su propagación.

Aquí debe tenerse en cuenta, además, el voluminoso y contundente reporte sobre los impactos de la ganadería *La larga sombra del ganado* —producido en 2006 por la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) y la Iniciativa para Ganadería, Medio Ambiente y Desarrollo (LEAD)—, así como el informe del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) de 2021. En definitiva y en aras de la claridad, la investigación científica actual no deja lugar a otra interpretación: la crisis de la covid-19, de la economía, de la biodiversidad, del cambio climático y de la seguridad alimentaria están todas vinculadas.

En este marco, la gobernanza mundial de la salud (OMS) propone el concepto de *una sola salud* para comprender, prevenir y paliar los efectos de las pandemias y otros problemas de salud. No obstante, si bien este nuevo paradigma es un avance respecto a los anteriores, no deja de ocultar los fundamentos del problema, a saber, la explotación animal. A continuación brindamos algunos elementos de investigación basada en evidencia empírica para pensar mejor esta relación.

* * *

Tomemos algunas cifras para poner en perspectiva la pandemia de covid y la amenaza al medio ambiente provocada por la industria alimentaria animal. Desde el comienzo de esta pandemia hasta septiembre de 2021, los muertos ascienden a 4.550.000, mientras que en

el mismo lapso de tiempo, los animales masacrados para satisfacer el paladar humano suman 208.725.000.000 (sí: doscientos ocho billones setecientos veinticinco millones). Esto equivale a decir que por día murieron 7.520 humanos por covid frente a 345 millones de animales o que por cada humano otros 47.586 animales corrían la misma suerte.

Vale aclarar que, mientras que los datos de mortalidad por covid son más o menos certeros (quizá sobrerrepresentados por problemas metodológicos de las pruebas PCR, como los falsos positivos, o por la recategorización de otras enfermedades como covid), los datos del exterminio animal son muy conservadores. En efecto, en estas estadísticas realizadas por la FAO sólo se incluyen a los animales asesinados por su carne, huevos y leche; no incluye a los millones asesinados en laboratorios, a los perros y gatos “sacrificados” en “refugios”, a los cautivos descartados por las industrias circense, de rodeos, jineteadas, zoológicos, hipódromos y parques marinos, ni tampoco a animales muertos producto de las apuestas en riñas o en accidentes de tránsito u otras circunstancias. Además, estas cifras fueron estimadas en 2003 solamente para los animales terrestres, por lo cual deben sumarse otras tantas decenas de millones anuales de animales marinos de la industria pesquera —la cual también subestima la cantidad, al no contar las “pescas accidentales” de especies no productivas, como tortugas—. Estos datos también son mínimos y poco confiables, pues muchos países no reportaron o excluyeron algunas estadísticas.⁷ En fin, la pregunta obvia e incómoda es: ¿por qué nos interesan unas muertes más que otras?

En cambio, sí hay certeza acerca del perjudicioso impacto de la actividad pecuaria documentado en *La larga sombra del ganado*, del cual presentaremos a continuación algunos indicadores.

El crecimiento demográfico, el aumento de los ingresos y la transformación de las preferencias alimentarias están estimulando un acelerado incremento de la demanda de productos animales. En este escenario “se prevé que la producción mundial de carne se incrementará en más del doble, pasando de 229 millones de toneladas en 1999/2001 a 465 millones de toneladas en 2050, y que la producción de leche crecerá de 580 a 1.043 millones de toneladas” (FAO, 2009: 20). Inevitablemente esto implicará mayor presión sobre los recursos naturales y empeoramiento en las condiciones de vida de muchas personas.

Como es sabido hace décadas, el cambio climático, caracterizado por el aumento de la temperatura, el crecimiento del nivel del mar, el deshielo de los casquetes polares y glaciares y los cambios en los patrones climáticos, es la mayor amenaza para la supervivencia de la especie humana. Esta amenaza es tal que “un informe del Pentágono (Schwartz y Randall, 2003) sugiere que el calentamiento global supondría un riesgo mayor que el del terrorismo a nivel mundial y podría originar sequías catastróficas, hambrunas y disturbios” (FAO, 2009: 4). No es necesario poseer la “inteligencia” de esta agencia de seguridad para saber que no sería esta la primera vez que la escasez de recursos moviera naciones enteras a la guerra y al saqueo.

La alteración del ciclo del carbono es uno de los principales determinantes de esta mutación climática. En efecto, el sector ganadero es responsable del 18 % de las emisiones de gases de efecto invernadero medidos en equivalentes de CO₂, superando así la contribución de los medios de transporte. Además,

⁷ <http://www.adaptt.org/about/the-kill-counter.html>

la ganadería es también responsable en medida aún más significativa de la emisión de algunos gases que tienen un mayor potencial de calentamiento de la atmósfera. Así, por ejemplo, el sector emite el 37 % del metano antropógeno, el cual [...] tiene un potencial de calentamiento global (PCG) 23 veces mayor que el del CO₂, y el 65 % del óxido nitroso antropógeno, cuyo PCG es 296 veces mayor que el del CO₂ [...]. La ganadería también es responsable de casi las dos terceras partes de las emisiones antropógenas de amonio, las cuales contribuyen significativamente a la lluvia ácida y a la acidificación de los ecosistemas (FAO, 2009: 32).

A pesar que el acceso al agua potable y al saneamiento ya es un grave problema en vastos sectores del planeta, “se prevé que para el año 2025 el 64 % de la población mundial viva en cuencas bajo estrés hídrico” (FAO, 2009: 32). El sector ganadero consume el 8 % del agua mundial, principalmente para la irrigación de los cultivos forrajeros, y es probablemente su mayor fuente de contaminación, ya que contribuye a la eutrofización (aporte excesivo de nutrientes), a la degradación de los arrecifes de coral, a la resistencia a los antibióticos y a muchos otros problemas, debido a los excrementos animales, al uso de antibióticos y hormonas, productos químicos de las curtiembres, y fertilizantes y plaguicidas de los cultivos forrajeros. Pero la sombra del ganado sobre el vital elemento es aún más larga y oscura:

La ganadería también afecta la recarga de los acuíferos en tanto que influye en los procesos de compactación del suelo, reducción de la infiltración, degradación de los márgenes de los cursos de agua, desecamiento de llanuras inundadas y disminución de los niveles freáticos. La ganadería, al incrementar la deforestación, incrementa también las escorrentías y reduce los cursos de agua durante la estación seca (FAO, 2009: 33).

En cuanto a la utilización del suelo, el resultado del sector ganadero es también perjudicial, ya que es el principal usuario de tierra agrícola, destinando a este uso el 78 % de la tierra cultivable (entre pastoreo y forrajes). El resultado es que la deforestación y el sobrepastoreo, la compactación y la erosión resultantes de la acción del ganado son las principales causas de la degradación y desertificación de los suelos.

Los análisis de impacto de la actividad pecuaria sobre la biodiversidad dejan al desnudo que nada crece a la sombra del ganado. Comencemos por señalar el gran desbalance en la distribución de las especies: “la ganadería constituye cerca del 20 % del total de la biomasa animal terrestre” (FAO, 2009: 308). Esta desigualdad propiciada por los subsidios humanos a las especies domesticadas produce la disminución de ejemplares de animales silvestres, debido a la pérdida de sus recursos y hábitats en detrimento de aquellos. Dos prestigiosas organizaciones dedicadas a la conservación de la naturaleza —el Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF) y la Unión Mundial para la Naturaleza (IUCN)— reconocen a la actividad ganadera como la mayor amenaza.

Hay quienes argumentan que todo este enorme perjuicio ecosistémico producido por el consumo de animales, del cual tan sólo esbozamos una pincelada, es un mal necesario en aras de la nutrición humana; señalan la necesidad de “combatir el hambre” con una dieta saludable que forzosamente debería incluir proteína animal. Sin embargo, respecto al combate al hambre, la evidencia actual no les aporta ni un gramo de razón, ya que las personas con sobrepeso (aproximadamente 1.000 millones) han superado a las desnutridas (aproximadamente 800 millones).

En primer lugar debería señalarse que, en virtud de la evidencia nutricional actual, se puede perfectamente prescindir de los alimentos animales. En segundo lugar, la ineficacia energética que supone consumir animales en lugar de una dieta basada en plantas implica además fuertes cargas de desigualdad social. Esto es, si lo que se pretende es erradicar el hambre, basta con alimentar a las personas con los más de 1.000 millones de toneladas anuales de cereales usados como piensos para animales. De hecho, existe consenso en lo siguiente:

en realidad, el ganado resta más valor del suministro total de alimentos del que proporciona. El ganado consume hoy más proteína comestible para los humanos de la que produce. De hecho, el ganado consume 77 millones de toneladas de proteínas contenidas en los piensos, que potencialmente podrían utilizarse para la nutrición humana, mientras que los productos que suministran los animales solo contienen 58 millones de toneladas de proteínas (FAO, 2009: 304).

No obstante ello, las ciencias médicas y la industria pecuaria han producido teorías mítico-científicas para defender el consumo de animales, entre las cuales están la de la “proteína completa” o de “alto valor biológico”, y la de la “transición nutricional”; no profundizaremos aquí en esta última, sino en la primera.

Los defensores de la “proteína completa” sostienen que sólo la proteína animal posee todos los aminoácidos esenciales para nuestro metabolismo, mientras que las proteínas vegetales no (incluso, mucha gente desconoce que los vegetales tienen proteínas). Y en cierta medida tienen razón: sólo algunos alimentos vegetales cumplen con esa condición. Pero ignoran el hecho de que se pueden obtener todos los aminoácidos restantes combinando diversas fuentes vegetales. También ignoran que, bajo este supuesto, deberían defender la antropofagia, ya que la carne humana es la que posee mayor valor biológico de todas si se la evalúa en función de la combinación de aminoácidos.

A pesar de que cada vez más nutricionistas sostienen que una dieta vegana es más saludable para todas las personas y en todas las etapas de la vida, el informe de la FAO reclusa en este punto y expone su verdadero interés, exponiendo el mito de la proteína completa: “Sin embargo, la simple comparación [de los rendimientos de productos vegetales y animales] no pone de relieve el hecho de que las proteínas de origen animal tienen valores nutritivos más altos que las contenidas en los piensos suministrados a los animales” (FAO, 2009: 304).

Conclusiones

Cuando se decretaron los primeros días de confinamiento a causa de la pandemia, los medios hicieron eco de imágenes capturadas por aficionados en las cuales se observaba el retorno paulatino de la vida salvaje a las ciudades: delfines en los canales de Venecia, ciervos en las calles de algunas ciudades, etcétera. Los índices de polución aérea disminuyeron drásticamente debido al desuso de vehículos movidos por combustibles fósiles. Estas imágenes desnudaron una triste verdad: la humanidad sofoca la vida, su actividad es principalmente destructora.

Sabemos bien por la biología que el motor de la evolución de la vida es la adaptación; las especies que sobreviven son aquellas que mejor se adaptan a su medio. Esto no es otra cosa que señalar la necesidad forzosa de un cambio en los fundamentos vitales, entre los

cuales se encuentra el abandono definitivo del antropocentrismo y todas sus consecuencias, como la explotación animal. De lo contrario, nos arriesgamos a la catástrofe ecosocial y a un neomalthusianismo⁸ ecofascista (¿quién podrá sobrevivir para continuar consumiendo carne?).

Los recursos para sostener la vida son finitos; el cuidado de todas sus formas es hoy una tarea revolucionaria. Ya no bastan las medidas bienestaristas para hacer de la explotación animal un negocio seguro, eficiente y rentable. Paradoja singular: matar animales nos está matando. El círculo de *una sola salud* no cerrará mientras no acabe el *zoocidio*.

⁸ El malthusianismo es una teoría demográfica, económica y sociopolítica desarrollada por el economista británico Thomas Malthus durante la revolución industrial, según la cual el ritmo de crecimiento de la población responde a una progresión geométrica, mientras que el ritmo de aumento de los recursos para su supervivencia lo hace en progresión aritmética. Por esta razón, de no intervenir obstáculos represivos (control de natalidad, hambre, guerras, pestes, etcétera), el nacimiento de nuevos seres aumentaría la pauperización gradual de la especie humana e incluso podría provocar su extinción.

II. Cuando la ONU *no* se equivoca: contribución al debate sobre nuestra carne y la salud del planeta⁹

La campaña *Actúa ahora* de la ONU, que insta a comer menos carne en pos de favorecer el medio ambiente, fue rechazada por la cancillería uruguaya, señalando que “este tipo de campañas, no sustentadas en todos los elementos necesarios para su análisis, refuerzan los malentendidos y desvían el enfoque de las negociaciones pertinentes en esta materia”. Recientemente, una nota publicada en *la diaria* (“[Cuando la ONU se equivoca: nuestra carne y la salud del planeta](#)”) propone refrendar la postura uruguaya con argumentos científicos, principalmente mediante la refutación de la publicación de la FAO en base a la cual se sustenta gran parte de la campaña.

El objetivo de este capítulo no será defender las virtudes de la producción cárnica uruguaya frente a la del resto del mundo —tarea ya realizada con éxito por dicha nota— sino exponer algunas falacias de la argumentación esgrimida en ella, así como proponer horizontes más amplios, que no se agoten en la dicotomía. Pretendemos enseñar que la defensa de un nacionalismo productivo jamás podría ser más importante que las implicancias éticas que surgen de la matanza masiva de otros animales con fines utilitarios. Tampoco se trata de hacer aquí una defensa de la ONU en sí, en tanto que no consideramos algo favorable la gubernamentalidad global que motiva varias de sus acciones (además, y de hecho, la ONU sí se equivoca muchas veces).

* * *

En su exposición de motivos, el artículo apunta: “el principal ecosistema de nuestro país es el pastizal natural”. He aquí un problema: el pastizal “natural” no existe como tal, sino como producto de la acción humana al introducir el ganado en la cuenca del Plata, en donde el paisaje era radicalmente diferente antes de ello. El ganado vacuno es una especie alóctona y rápidamente devino invasora de estas latitudes, condenando a la extinción a cientos de especies vegetales y animales. Ergo, lo más justo sería decir que el ecosistema o paisaje existente en nuestras tierras es “cultural”, esto es, producido también por el humano para satisfacer sus fines.

Otro de los argumentos centrales agrega que “los pastizales de nuestro país sin herbívoros pierden biodiversidad (y lamentablemente, nos quedan pocos mamíferos herbívoros autóctonos, por lo que las vacas cumplen un rol en su preservación)”. Precisamente el pastoreo de ganado ha reducido al resto de mamíferos herbívoros autóctonos (por ejemplo, ciervos y venados), en la medida que les limitó el acceso a recursos. (Además, estos herbívoros autóctonos también fueron diezmados por la caza).

Otro punto fuerte de la argumentación dice: “pasar a producir más vegetales de la forma actual implicaría más afectaciones al medio ambiente y al propio suelo, de allí la necesidad de instalar la agroecología”. Estamos de acuerdo, la agroecología debe estar entre las soluciones a los problemas ecosociales que nos acucian, sin embargo, lo relevante es no sólo la forma en que se produzcan estos vegetales, sino el para qué, ya que la mayoría de

⁹ Este capítulo es una versión modificada del artículo “Cuando la ONU no se equivoca: contribución al debate sobre nuestra carne y la salud del planeta” publicado en *la diaria*.

los cultivos son forrajeros, esto es, para alimentar ganado (la FAO también considera a la pradera natural o mejorada como cultivo forrajero).

Para ilustrar esta idea son relevantes las palabras del antropólogo Marvin Harris, quien en su libro *Antropología cultural* escribió:

Los cereales convierten alrededor del 0,4 por ciento de la luz solar fotosintéticamente activa en materia apta para consumo humano. Si se emplean para alimentar a animales en lugar de personas y después se consume su carne, se perderá, por término medio, un 90 por ciento de la energía disponible en los cereales (1990: 118).

Pensemos en la ineficiencia que esto supone sabiendo que aproximadamente 3/4 de las tierras cultivadas del mundo se dedican a la producción de forraje para animales.

¿Ganadería dónde?

Respecto a la calidad del suelo y su relación con la ganadería, el artículo reproduce una tajante máxima de la ortodoxia técnica agronómica: “nuestros pastizales generalmente no son aptos para otros cultivos”. Bien, no es que no sean aptos, sino que sencillamente es más lucrativo producir carne o pienso para ganado (o celulosa) antes que otras cosas, porque así lo determina el mercado capitalista. Por otra parte, conocimientos como los de la agroecología y la permacultura enseñan que se puede plantar casi cualquier cosa en los lugares más insospechados. Por si fuera poco, vale recordar, a estos efectos, que los proyectos de colonización de Marte comienzan con el cultivo de su inhóspito suelo, para a partir de ello crear una atmósfera respirable. Por ende, podemos suponer que si se invirtiera en la agroecología la misma energía en trabajo y tecnología que se invierte en la ganadería, sería posible cultivar gran diversidad de vegetales para consumo humano en nuestros suelos, generando, a su vez, mucha más demanda de mano de obra, entre otras ventajas ecológicas.

Sobre la relación de la ganadería con la deforestación, el artículo niega, para el caso uruguayo, la tendencia global en virtud de la cual la expansión de la ganadería es un factor clave en la deforestación (como sucede, por ejemplo, en la Amazonia) y agrega que, más bien al contrario, son la forestación y el cultivo de soja las actividades que amenazan a la ganadería. Creemos que ambas cosas son ciertas, quedando así demostradas las complejidades del entramado capitalista mundial. En otras palabras, el análisis propuesto parte de un localismo miope que niega cómo las relaciones locales se insertan en las cadenas globales de producción de valor.

En efecto, como se viene señalando aquí, la ganadería ha destruido gran parte del bosque nativo, y lo sigue haciendo. Esto es patente, por ejemplo, en los milenarios palmares de butiá rochenses (*Butia odorata*), que se están reduciendo consistentemente porque estos animales comen los brotes tiernos de las palmas nuevas, que tantos años demoran en germinar y crecer, impidiendo de este modo la regeneración del bosque.

Ganadería y consumo de agua

El informe de la FAO citado en el artículo sostiene que la ganadería es una de las principales industrias consumidoras de agua potable (huella hídrica). Por su parte, la defensa académica uruguaya citada por el periodista argumenta que “no hay riego en pasturas para alimentar a nuestras vacas que producen carne a pasto”; que el agua que

éstas beben se incorpora nuevamente al ciclo hídrico, y se complementa con otras razones: “Si sacamos las vacas del campo, la misma cantidad de agua se “gastaría” en el pastizal”; “La carne no se obtiene inflándose de agua”; “para hacerte una hamburguesa de vaca de pastoreo nadie destruyó 1.500 litros de agua”.

Vale recordar que el uso de agua para la producción cárnica no se reduce a la que se utiliza en las pasturas y bebederos, sino que incluye también a la que se utiliza en la última fase de la producción, es decir, la matanza. En efecto, los mataderos son una de las industrias que más agua utilizan y contaminan. Según un documento de la FAO (Veall, 1993), los mataderos utilizan diariamente de 300.000 a 500.000 litros de agua *caliente*. Y quien haya observado —visto y olfateado— el arroyo Carrasco allí donde desagotan las aguas del Frigorífico Matadero Carrasco SA, sabrá de qué contaminación hablamos.

De todos modos, consideramos que no debe caerse en el fetichismo del dato, sino que se lo debe poner en relaciones explicativas, comprensivas y proyectivas. Un claro ejemplo de esto es pensar el dato de la huella hídrica a partir del concepto de coste de oportunidad. Según el economista Friedrich von Wieser,

el coste de oportunidad o costo alternativo designa el coste de la inversión de los recursos disponibles a costa de la mejor inversión alternativa disponible, o también el valor de la mejor opción no realizada. Se refiere a aquello de lo que un agente se priva o renuncia cuando hace una elección o toma una decisión.¹⁰

En buen romance, el concepto de coste de oportunidad nos trae el problema relativo a las decisiones que adoptamos al descartar otras opciones, seamos conscientes o inconscientes de ellas.

Ahora bien, en el África subsahariana y otros rincones del mundo gran parte de la mortalidad infantil se debe a diarreas provocadas por enfermedades infecciosas como la disentería. Estas patologías se deben al consumo de aguas contaminadas con heces humanas o de otros animales, y fácilmente se solucionarían llevando agua corriente y saneamiento a estas poblaciones. Se podría, pues, destinar el agua que se utiliza para alimentar ganado y regar cultivos forrajeros en mejorar la salud y alimentación de estas poblaciones.

Además del consumo de agua de la ganadería, el artículo aborda el problema de la contaminación de los cursos de agua: “El fósforo es uno de los principales nutrientes que provocan la eutrofización de los cursos de agua. Nada de eso sucede con las vacas engordadas en sistema de pastoreo extensivo, donde el estiércol queda disperso en el campo y el aporte de fósforo y nitrógeno a los cursos de agua es muy limitado”. Si bien esto es parcialmente cierto, en nuestro país, la eutrofización de los cursos de agua también está causada indirectamente por la producción ganadera, ya que surge por los agrotóxicos que se aplican a los cultivos transgénicos para alimentar ganado (principalmente soja, pero también maíz, sorgo y otros). El hecho de que el pienso que se produce acá sea exportado bien lejos (principalmente a China y Europa) para alimentar ganado en *feedlots* no exime a Uruguay de su responsabilidad en dicha industria. Las llamadas “externalidades de mercado” no se pueden exportar sin sufrir *a posteriori* sus efectos; la contaminación por cianobacterias es un claro ejemplo.

¹⁰ https://es.wikipedia.org/wiki/Coste_de_oportunidad. Consultado el 25/8/2020.

Ganadería y biodiversidad

Echando mano a un artículo de Alejandro Brazeiro y colegas, la nota afirma que “Numerosos trabajos han mostrado que los pastizales sin ganado son menos diversos que aquellos que tienen un buen manejo. [...] La pradera que nunca se pastorea tiene un pasto de 50 cm de altura. Las especies más competitivas crecen y crecen, y al final tenés unas pocas pasturas que desplazan a las menos competitivas. Con la herbivoría se mantiene un poco a raya a las pasturas que más explotan, y entonces todas pueden persistir”.

Nuevamente, hay que ver el bosque más allá del árbol. El valor de la biodiversidad de un ecosistema está no sólo en el dato cuantitativo de la cantidad de especies que lo habitan, sino que radica también en las relaciones cualitativas que se establecen entre ellas. En los ecosistemas que presentan mayores adversidades para el despliegue de la vida, como puede ser el desierto, la cantidad de especies es menor que en otros como la selva, pero éstas mantienen entre sí un delicado e intrincado equilibrio que permite el tejido sano de la vida. Volviendo a nuestro caso local, no deberíamos preocuparnos si al retirar el ganado disminuyese la cantidad de especies vegetales de pastizal, pues lo que estaría aconteciendo es la regulación del ecosistema hacia un nuevo equilibrio que solamente el humano ha roto violentamente, para luego dar paso a nuevas formas de vida más armónicas.

Las del estribo

Finalmente, quisiera plantear algunos reparos con las últimas reflexiones de la comentada nota, en donde se puede leer cosas como: “Si yo fuera el *community manager* de ONU estaría agregando ya mismo que una hamburguesa de carne de vaca criada a pasto en Uruguay es menos dañina para el planeta que una hamburguesa de soja”. Aquí se comete el error de suponer que el cultivo de soja es para consumo humano. Conviene saber que un 80 % de la soja se usa para alimentar animales, otro 10 % para la producción de biodiesel y otros usos industriales, y finalmente tan solo un 10 % se usa para consumo humano directo o en diversas presentaciones (hamburguesas, tofu, leche, etcétera). Por lo tanto, no es lícito atribuir mayor daño ambiental a quien consume una hamburguesa de soja, sino que habría que hacerlo a quien consume una de carne, sin importar si las vacas para hacerla fueron producidas en *feedlots* o extensivamente a pasto. Si yo fuera el *community manager* de ONU diría que el hambre de carne de nuestra humanidad provoca el crecimiento imparable de las plantaciones de soja en Sudamérica, devastando las economías, los ecosistemas y la soberanía alimentaria, entre otras múltiples adversidades.

Por otra parte, la defensa científica de las aparentes virtudes de nuestro modo local de producción cárnica, que por cierto representa una parte muy ínfima de la producción mundial, no debería cegarnos a la hora de juzgar los problemas que la ONU pone en discusión. Al hacerlo, además, se corre el riesgo de poner a la academia al servicio de los intereses de la clase rentista y agroexportadora nacional que, bien sabemos, sus intenciones lejos están de los valores de la solidaridad, la igualdad y la libertad. Basta para ello recordar el papel que han jugado la Asociación Rural del Uruguay y la Federación Rural en los diversos golpes de Estado de nuestra historia.

Desde aquí planteamos que es mejor poner al pensamiento al servicio de las miles de millones de víctimas que son asesinadas día a día para satisfacer el paladar de algunos

humanos, así como al de la mayoría de éstos, que viven con menos de dos dólares diarios, entre la basura y sin agua potable.

SEGUNDA PARTE: DIETÉTICA, TECNOLOGÍA Y POLÍTICA

Esta segunda parte pone el foco en el veganismo como propuesta política resistente frente al especismo. El término especismo es un neologismo acuñado en 1970, en inglés, por el psicólogo Richard D. Ryder como *speciesism* y está definido en el *Diccionario de la lengua española* como “discriminación de los animales por considerarlos especies inferiores” o “creencia según la cual el ser humano es superior al resto de los animales, y por ello puede utilizarlos en beneficio propio”.¹¹ Por su parte, Ferrater Mora —a su vez, defensor de los derechos animales— lo ha definido en su clásico *Diccionario de filosofía* (1997), en la entrada “especieísmo” (sic), como:

[...] actitud humana según la cual la propia especie, o especie humana, es privilegiada respecto a otras especies, y posee derechos que las demás especies no tienen, o se supone que no deben poseer. [...] El especieísmo es una versión del antropocentrismo cuando se interpreta a éste como resultado de un juicio de valor sobre el hombre. [...] Específicamente, los especieístas niegan los derechos de los animales y, en general, de todos los seres sintientes distintos del hombre (Ferrater Mora, 1997: 262).

A partir de aquí puede deducirse que el *antiespecismo*, del mismo modo que el veganismo, es la reflexión y el movimiento social que se opone consciente o inconscientemente al especismo —aunque aquellos no sean sinónimos—.

Aunque existe una imagen social dominante que lo asimila a una dieta vegetariana estricta, el veganismo puede ser definido como un estilo de vida basado en la abstención del uso de productos de origen animal en la alimentación, indumentaria, medicamentos, cosméticos, transporte, experimentación, ayuda en el trabajo o entretenimiento. Por lo tanto, el veganismo es una postura ético-política o, tomando conceptos de Foucault, un modo de subjetivación a partir de la relación con los demás animales y consigo mismo.

En esta parte se argumenta a favor del veganismo como elección virtuosa para el cuidado de sí, especialmente en lo que hace a la nutrición. Entre otras, se plantean las siguientes preguntas: ¿Cuáles son los vínculos entre el veganismo (en particular, de una dieta basada en plantas) y la salud humana? ¿Es posible hablar de nutrición como un hecho meramente biológico sin vínculo con lo político? ¿En qué medida puede plantearse al veganismo como producción de subjetividad revolucionaria? ¿Qué puede un cuerpo vegano?

¹¹ <https://es.wikipedia.org/wiki/Veganismo>

III. Tiembla la industria alimentaria de explotación animal¹²

Tal como sucedió con la Ley de Urgente Consideración, donde se legisló sobre los más diversos temas (desde el aumento de penas mínimas para menores infractores, hasta los excrementos de mascotas en la vía pública), la propuesta de ley presupuestaria 2020 se estructuró también como una “ley ómnibus”, esto es, un sinfín de temas inconexos que dificulta la profundidad del análisis que requeriría cada uno por separado. Es así que encontramos, entre los 690 artículos de la [Ley de presupuesto](#), al 281, que establece que “las denominaciones asociadas a productos cárnicos y sus derivados, no podrán utilizarse para hacer publicidad o para comercializar alimentos que en su proporción sean mayoritariamente de origen vegetal”, con la aparente justificación de evitar inducir en error al consumidor y aumentar su nivel de protección y sus posibilidades de elección consciente. De aprobarse la ley, entonces, ya no se podría etiquetar, por ejemplo, “hamburguesa de lentejas” o “chorizo de seitán”.

La iniciativa forma parte de una tendencia mundial que ha tenido éxito en la mayoría de los varios Estados donde se ha propuesto, la cual da cuenta, una vez más, del poder de *lobby* global que posee la industria alimentaria de explotación animal.¹³

Intentaremos proponer algunos elementos para refutar el mentado artículo y señalar algunas derivas.

Las palabras y las cosas

La discusión lingüística que suscita la iniciativa legal en cuestión lejos está de ser saldada únicamente dentro de la lexicología, es decir, el estudio de las relaciones entre los conceptos y las palabras. Antes bien, atañe a la sociolingüística, que analiza la mutua influencia entre los sistemas de signos y las formaciones sociales —nombrar es también un asunto político—.

En este orden, puede pensarse el problema como un caso de gobierno de la lengua en tanto que, mediante el artículo citado, el Estado intenta cristalizar determinados significados mediante una imposición legal. Esto no es de extrañar, en tanto lo ha hecho desde que está en su raíz imponer una lengua oficial, cuyo canon es “culto” y normalizado por reglas cuya vigilancia queda a cargo de expertos y autoridades. (En este mismo campo de problemas se inscribe el conflicto en torno al “lenguaje inclusivo”).

Pero sucede que las imposiciones hechas sobre la lengua se dan de bruces con por lo menos dos dimensiones que dan cuenta de la vivacidad y mutabilidad permanentes del lenguaje, y en base a ellas puede esbozarse una crítica a la campaña censora.

Tenemos, por un lado, la variación sincrónica de significados o, en una palabra, la polisemia, fenómeno del lenguaje consistente en que una misma palabra tiene varios significados. Es así que la palabra “carne” adquiere diversas acepciones, no estando todas ellas referidas al mundo animal. De hecho, el diccionario de la Real Academia Española

¹² Este capítulo es una versión modificada del artículo “Proyecto de ley: tiembla la industria alimentaria de explotación animal” publicado en *la diaria*.

¹³ [Louisiana bans “meat” labels on vegan food](#)

recoge, entre otras, la siguiente definición: “Parte de un fruto o de un tubérculo, generalmente blanda, que está bajo la cáscara o la piel”. Incluso la palabra “piel”, como puede observarse en esa definición, también es polisémica, ya que puede referirse tanto a la epidermis de los animales, como a las cubiertas vegetales. Lo mismo sucede con la palabra “pulpa”, que bien puede referirse al contenido blando de las frutas, o a un músculo animal; también ocurre con “hueso”, que puede nombrar al carozo de las frutas, o al tejido óseo que conforma el esqueleto animal —y así en muchos otros casos—. Pese a esto, nunca hemos visto, por ejemplo, a una cámara de productores frutícolas reclamar la exclusividad de algunas de estas denominaciones para sí. De todos modos, lo que importa resaltar es que la polisemia es una interesante virtud del lenguaje que permite el florecimiento de fenómenos como la diversidad, el humor y la poesía, entre otras cualidades que cultivan el espíritu.

Por otro lado, existe la variación diacrónica de los significados, es decir, la evolución de las palabras, fenómeno del cual la etimología nos brinda un amplio y profundo conocimiento. En toda lengua es una constante la permanente mutación semántica en función del uso que hacen de ella los hablantes. Por ejemplo, la palabra trabajar proviene de *tripaliare*, verbo latín que viene del sustantivo *tripalium* (tres palos), un instrumento de tortura medieval con el que se azotaba a los esclavos y delincuentes, y que posteriormente se asoció a cualquier actividad que produjera dolores en el cuerpo semejantes a los producidos por dicha herramienta, tales como las labores de gran esfuerzo físico (el *trabajo* propiamente dicho). No pareciera ser, pues, que los esencialismos sean de positivo afecto para el lenguaje —a pesar de que para muchos, hoy día, trabajar siga siendo una real tortura—. En este sentido, no habría de extrañar que la palabra carne pueda modificar o ganar nuevos significados de acuerdo a los cambios sociales.

La cuestión del poder

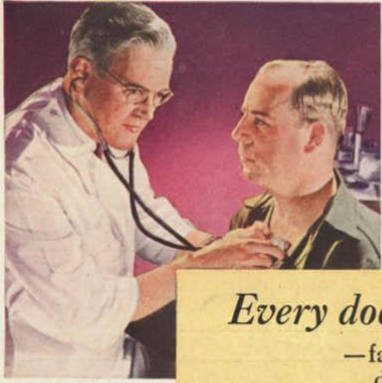
Ahora abordamos la siguiente cuestión: ¿cuál es el interés que sostiene al proyecto de ley?

Como es sabido, la industria de los alimentos es una de las más poderosas del mundo. No sería esta la primera vez que busca influir en el Parlamento —así como también en el poder judicial y los medios masivos de comunicación— para proteger e imponer sus intereses capitalistas.

Sin ir muy lejos, el sector lácteo nacional, que está en franco declive (reducción de los productores, deuda impagable y alta conflictividad laboral) logró el año pasado obtener un subsidio en la tarifa eléctrica, que vino a sumarse a la obtención por tercer año consecutivo del Fondo Lechero y el Fondo de Garantía para deudas (por 36 millones de dólares) y a la exoneración por un año de IVA al gasoil para los productores que tributan impuesto a la enajenación de bienes agropecuarios.¹⁴

Otras industrias poderosas también han tenido éxito, a su vez, en imponer falsedades como verdades científicas a nivel mundial; es el caso de la tabacalera, que logró persuadir incluso hasta a los médicos para promocionar su consumo aduciendo ventajas para la salud (“*More Doctors smoke Camels than any other cigarette*”, decía una publicidad a comienzos del siglo XX, señalando además los beneficios del fumar para el asma).

¹⁴ [Productores y empresas lácteas contarán con subsidio de 15% en la tarifa eléctrica hasta fin de año](#)



Every doctor in private practice was asked:
 —family physicians, surgeons, specialists...
 doctors in every branch of medicine—
“What cigarette do you smoke?”



According to a recent Nationwide survey:

More Doctors Smoke Camels *than any other cigarette!*

R. J. Reynolds Tobacco Company, Winston-Salem, N. C.

**THE
“T-ZONE” TEST
WILL
TELL YOU**



The “T-Zone”—T for taste and T for throat—is your own laboratory, your proving ground, for any cigarette. For only your taste and your throat can decide which cigarette tastes best to you... and how it affects your throat. On the basis of the experience of many, many millions of smokers, we believe Camels will suit your “T-Zone” to a “T.”



Not a guess, not just a trend...but an actual fact based on the statements of doctors themselves to 3 nationally known independent research organizations.

YES, your doctor was asked...along with thousands and thousands of other doctors from Maine to California. And they've named their choice—the brand that more doctors named as their smoke is *Camel!* Three nationally known independent research organizations found this to be a fact. Nothing unusual about it. Doctors smoke for pleasure just like the rest of us. They appreciate, just as you, a mildness that's cool and easy on the throat. They too enjoy the full, rich flavor of expertly blended costlier tobaccos. And they named Camels...more of them named Camels than any other brand. Next time you buy cigarettes, try Camels.

Fuente: 1946 cigarette advertisement launched by R.J. Reynolds Tobacco Company. From the collection of Stanford Research Into the Impact of Tobacco Advertising.

<https://tobacco.stanford.edu/cigarette/img0077/>

La industria cárnica mantiene una similar línea de acción. Al respecto debe señalarse que sus defensores no ven con buenos ojos la evolución del mercado, que rápidamente ha variado en función de un cambio en las preferencias de los consumidores, fundamentalmente motivados por la toma de conciencia ecológica sobre los beneficios de

un menor consumo de productos de origen animal, mutación que viene a sumarse a las limitaciones que le ha impuesto la pandemia por covid-19.¹⁵ Con todo, paradójicamente, el consumo global de animales continúa en ascenso (disminuye en el norte global y aumenta en el sur).

Paralelamente a la paulatina debacle que está sufriendo la industria alimentaria animal, acontece un alza del mercado de productos basados en plantas o veganos. Se estima que para 2026 el mercado mundial de carne vegana alcanzará el valor de 8.1 billones de dólares americanos.¹⁶ Un caso icónico de esta tendencia lo representan dos productos que han revolucionado la oferta gastronómica y han desestabilizado el estatuto de la carne animal en el imaginario social: la *Impossible Burger*, desarrollada por Impossible Foods Incorporation y la *Beyond Burger*, de Beyond Meat Company. Estas hamburguesas, hechas fundamentalmente a base de proteínas de arveja, trigo o arroz, con su sabor logran engañar hasta a los más fanáticos consumidores “carnívoros”, e implican un cuarto del impacto ambiental frente a las de carne animal (99 % menor gasto de agua, 93 % menor uso de tierra, 90 % menor emisiones de gases de efecto invernadero y 46 % menor consumo de energía).

Este acelerado progreso de la naciente industria vegana en los países centrales tiene tanto éxito comercial que ha logrado en algunos casos revertir la legislación y así volver a utilizar las denominaciones comerciales que le fueran prohibidas. El triunfo fue fruto de litigios donde se invocó la libertad de expresión postulada en la Primera Enmienda (por ejemplo, el Estado de Mississippi).¹⁷ (Como se infiere de todo esto, el veganismo también puede llevarse muy bien con el capitalismo).

Volviendo al artículo 281, aunque su redacción presenta una muy vaga o nula argumentación, podemos suponer que ésta sea la misma que se ha esgrimido en otros países, esto es, que los consumidores desatentos podrían accidentalmente terminar comiendo alimentos vegetales creyendo que son animales, y de este modo estar teniendo una dieta carente de “nutrientes esenciales”, razón por la cual hay que advertirlos y protegerlos. Esta idea, por un lado, subestima a los consumidores y, por otro, ignora la actualidad de la investigación científica en el campo de la nutrición. Subestima a los consumidores al considerarlos estúpidos. ¡Hasta el más ignorante entiende la diferencia entre “hamburguesa de carne vacuna” y “hamburguesa de lentejas”! Decimos, además, que no tiene fundamento científico porque desconoce los recientes avances en el conocimiento que sostienen que una dieta basada en plantas es superior ética, sanitaria y ecológicamente a las basadas en elementos animales.

En todo caso, la argumentación detrás de la iniciativa legal cae por el peso de su propia hipocresía, en tanto que la industria que ahora pretende proteger la salud de los consumidores prohibiendo determinadas denominaciones comerciales, es la misma que se ha negado sistemáticamente a etiquetar los alimentos dañinos para la salud por ser excesivos en grasas, azúcar y sodio.¹⁸

¹⁵ [7 reasons why the meat industry is f*cked](#)

¹⁶ [Global vegan meat industry to reach \\$8.1 billion by 2026](#)

¹⁷ [Mississippi reverses law, allows vegan meat labels](#)

¹⁸ [Etiquetado frontal de alimentos: las objeciones y dilaciones de la industria al desnudo](#)

En fin, independientemente de lo que finalmente resuelva el poder legislativo, es bueno recordar que ni la lengua ni la dietética se gobiernan con leyes jurídicas.

IV. Una postura antiespecista frente a la carne sintética¹⁹

Un estado de pánico defensivo sacudió a la opinión pública cuando el magnate y fundador de Microsoft, Bill Gates, afirmó que los países ricos deberían consumir carne sintética para compensar la emisión de gases de efecto invernadero. Al parecer, la nacionalidad uruguaya se vio amenazada en sus fundamentos, al dispararse encendidas declaraciones de defensa y prevención ante un supuesto escenario de extinción estatal producto de la eliminación de la ganadería.

Legisladores, productores agropecuarios y autoridades nacionales salieron al cruce, reivindicando la explotación ganadera tradicional uruguaya. La Federación Rural advirtió que “la no utilización de dicho nombre [carne] para manipulaciones genéticas o cultivos de laboratorio, es de vital importancia para la defensa del país”. El presidente del Instituto Nacional de Carnes, Fernando Mattos, declaró: “No estamos en contra de ese producto, ni consideramos a estas iniciativas una amenaza. Respetamos a los consumidores que tomen esa opción, pero nos defenderemos de ataques infundados y reclamaremos el derecho de respetar las denominaciones, rechazando cualquier intento de apropiación genérica con el ardid del falso beneficio. ¡Llámenlo como quieran, pero no es carne!”. Por su parte, Pablo Montossi, presidente de la Asociación Uruguaya de Producción Animal, ingeniero agrónomo e investigador en el Instituto Nacional de Investigación Agropecuaria, fue mucho más allá y declaró: “El impacto social, ambiental y económico sería devastador sin la producción animal, sería peor que la pandemia, en particular para los países pobres”.

Más allá del contenido de verdad de estas declaraciones, que a lo largo de este trabajo son evaluadas, lo cierto es que el cada vez mayor poder de la biotecnología, con iniciativas como esta, pone en tensión nuestro modelo productivo de país agroexportador de materias primas y aviva la fantasía de muerte de la producción cárnica. No sería este el único *commodity* que haya sucumbido a la aceleración tecnológica capitalista. Por ejemplo, el tasajo, otrora uno de los principales productos de exportación nacional, fue extinguido por los cortes cárnicos actuales, y la lana, por los textiles sintéticos.

Se estima que para 2050 habrá 10 mil millones de habitantes, que difícilmente puedan ser alimentados con carne animal procedente de la ganadería. Es un buen momento para preguntarse qué será del Uruguay Natural desde una perspectiva antiespecista, esto es, desde un pensamiento que incluya a los demás animales en la consideración ética. ¿Con qué ícono sustituiremos a la vaca del escudo nacional? ¿Acaso por un tubo de ensayos que simbolice a un laboratorio de *foodtechs*? ¿O acaso ya deberíamos haberla reemplazado por un eucalipto o una planta de soja?

¿Qué es la carne sintética?

También denominada carne de laboratorio, *in vitro*, artificial o cultivada, la definición más adecuada sería esta última, puesto que refleja adecuadamente su modo de producción. En efecto, se trata de la obtención de tejidos musculares a partir del cultivo de células madre (proteicas y adiposas) de origen animal. De momento la producción de carne cultivada es

¹⁹ Este capítulo es una versión modificada del artículo “Una postura antiespecista frente a la carne sintética” publicado en *la diaria*.

muy cara pero se espera que esté en el mercado a finales de 2021, a un precio levemente superior a la tradicional y que en cinco años o menos, lo equipare o sea más barata.

Es importante diferenciar este tipo de carnes de aquellas que se obtienen industrialmente a partir de proteínas vegetales, pero no a través del cultivo de laboratorio (como la Beyond Meat).

Puesto que para la extracción de las células madre del cultivo no es necesario sacrificar al animal, puede decirse que se estaría ante un escenario de casi nulo daño animal. No obstante, resta conocer en mayor profundidad los posibles impactos ecológicos de este proceso productivo, cuyos biorreactores —donde tienen lugar los cultivos— insumen una cantidad exorbitante de energía, así como la posibilidad de que impliquen un mayor sufrimiento animal si el medio de cultivo es de este origen, como suele suceder cuando se utiliza suero fetal bovino (un “subproducto” de la faena de vacas preñadas).

Los mitos de las ganaderías intensiva y extensiva

La estrategia del Estado uruguayo para enfrentar los dichos de Gates ha sido la de resaltar las aparentes bondades de un modo de cría extensiva y de alimentación a pasto, combinada con débiles argumentos ecológicos, socioeconómicos y nutricionales.

Tanto los ganaderos intensivos como los extensivos fomentan el mito idílico de verdes praderas, sol radiante y animales generosos que pastan felices. Desde la más tierna infancia, mediante la socialización primaria y fundamentalmente la escolar, se configura dicha imagen, en la cual es posible destacar, a modo de ejemplo, a la señora vaca, que “nos da la leche, el dulce de leche y la manteca” que le ponemos al pan. Pero lo cierto es que en ambas modalidades de producción ganadera se vive un infierno de dominación y explotación en beneficio único del ser humano. Vale recordar que las vacas no “dan” leche, sino que, como todas las mamíferas, la producen para sus crías. Para que haya consumo humano de su leche, las vacas deben ser constantemente inseminadas y separadas de su prole, las cuales tendrán la misma o peor suerte que ella (si es hembra será destinada al mismo fin, si es macho irá al matadero para convertirse en carne de ternero). Tanto en la ganadería extensiva como en la intensiva, a los animales se les quita la libertad, sus pertenencias (leche, lana, huevos, miel, hijos) y hasta su propia vida. Sólo en este universo simbólico emocional y cognitivamente disociado puede entenderse la existencia de una cadena de carnicerías llamada “El novillo alegre”.

Por su parte, los defensores de la ganadería extensiva, acompañados por cierta academia, se han focalizado en el argumento de que su actividad es fundamental para preservar la biodiversidad ecosistémica. Sin embargo, tal como vimos en el capítulo 1, está demostrado que dicha producción es una de las principales amenazas para los animales salvajes, puesto que requiere grandes extensiones de tierra, para lo cual debe expulsar a otros herbívoros (y luego, por consecuencia, a los carnívoros). Nuestra historia nacional nos recuerda que al llegar los conquistadores europeos, la Banda Oriental estaba tan poblada de venados de campo (*Ozotoceros bezoarticus*) como lo está hoy de vacunos, hecho que consta en las crónicas de Charles Darwin. Tristemente, al día de hoy es una especie con alto riesgo de extinción cuyos escasos ejemplares están sobreviviendo en unas pocas hectáreas, luego de haber sido diezmados por la actividad ganadera, la caza y la transmisión de enfermedades de las especies introducidas.

Pero también los carnívoros autóctonos sufrieron la alianza entre la ganadería y la caza, al ser eliminados por considerarlos amenaza para los bovinos. Muchas de esas especies nativas ya se han extinguido —el jaguar (*Panthera onca*) y el puma (*Puma concolor*)— y otras se encaminan hacia la misma suerte —el zorro gris (*Dusicyon gymnocercus*)—. Es un hecho irrefutable que la ganadería roba el espacio y los recursos de la fauna salvaje:

El Índice Planeta Vivo de la edición 2018 estimó que las poblaciones de peces, aves, mamíferos, anfibios y reptiles han disminuido en un 60 % de promedio entre 1970 y 2014, debido a las actividades humanas. Según el estudio *The Biomass Distribution on Earth*, realizado también en 2018, de los mamíferos que pueblan la Tierra solo el 4 % son salvajes, el resto somos humanos y animales domésticos, especialmente animales criados por la industria ganadera. De igual modo, sólo el 30 % de las aves son salvajes y el 70 % son aves criadas por la industria ganadera.²⁰

Los estancieros también suelen alegar que el pastoreo extensivo genera beneficios al suelo por el aporte de abono que se realiza mediante las excreciones, favoreciendo así un aumento de la biodiversidad. Sin embargo, desde la ciencia de la composición del suelo (edafología) se sabe que el ganado produce compactación del suelo por el pisoteo, con una consecuente disminución de la aireación y de la infiltración —cualidades vitales para el desarrollo de la vida vegetal—. Además, el pisoteo, la orina y las heces lesionan y obstruyen el crecimiento de la vegetación. La selección de especies que realiza el ganado con su dieta altera el balance natural entre especies forrajeras, hecho que es magnificado cuando los productores “mejoran” las pasturas, lo cual equivale a decir que siembran aquellas que más les conviene con fines de lucro. Resta señalar que estos servicios ecosistémicos supuestamente realizados por el ganado (aporte de materia orgánica y fomento de la biodiversidad), serían mucho más eficientemente realizados por las especies herbívoras nativas y salvajes que habitarían estas tierras de no ser por su presencia.

Dentro de la argumentación ecológica esgrimida por la defensa pecuaria, también se encuentra la falacia de que la ganadería secuestra carbono en sus pasturas y que esta captura compensaría las emisiones que los animales realizan con la respiración, llegando a un saldo neto. Aquí se “olvida” nuevamente el problema de la deforestación, condición necesaria para la obtención de tierras de pastoreo. Siendo los bosques mayores poseedores de biomasa que la pradera, son más capaces de capturar, mediante la fotosíntesis, el carbono atmosférico presente en forma de CO₂, y de almacenarlo en el tejido leñoso. Como ya es sabido por la ecología desde hace décadas, la principal alteración en el ciclo del carbono está dada por la deforestación y el uso de combustibles fósiles, que son las causas del cambio climático. De este modo, la industria ganadera constituye el verdadero y más peligroso negacionismo de nuestra época.

A los defensores de la ganadería extensiva no les faltan los argumentos provenientes de la ciencia de la nutrición. Es así que en su encendido alegato, el ingeniero Montossi repitió el mantra sagrado de una nutrición ya vetusta: la carne “es la mejor fuente natural de proteína, hierro, zinc y [vitaminas del] complejo B para la salud humana”. Sin embargo, el avance en este campo del conocimiento permite refutar esa doctrina. En primer lugar, la síntesis de las proteínas depende de la capacidad de obtener los aminoácidos esenciales, los cuales están todos también presentes en diversas fuentes vegetales y fungi (alimentos como tofu, tempeh, legumbres (soja) y seitán, entre otros, son particularmente ricos en proteínas).

²⁰ [El feminismo ha de ser antiespecista.](#)

Segundo, el hierro es el cuarto elemento más abundante en la corteza terrestre y se encuentra biodisponible en numerosas fuentes vegetales —de hecho, el hierro presente en la carne fue obtenido por el herbívoro a través de las plantas—. Además, los problemas en la salud humana relacionados al hierro se deben no tanto a su obtención (exceso o defecto) sino a su asimilación y metabolismo. Finalmente, el zinc y las vitaminas del complejo B pueden obtenerse con holgura en frutos secos y cereales sin refinar, legumbres y levaduras, y en menor medida en frutas y verduras.

Podría decirse que la humanidad adolece de una cierta “proteínomanía”, esto es, de una preocupación excesiva por el consumo de proteínas, sin dudas alentado por el *lobby* ganadero y la connivencia de las ciencias de la salud. Esta obsesión es incomprensible a la luz de que la ingesta diaria recomendada para los adultos saludables es de 8 a 10 % de sus necesidades calóricas totales o, de otro modo, de 0,8 gramos por kilogramo de peso corporal (para un adulto sedentario promedio). Ejemplo: una persona que pesa 75 kilogramos debe consumir 60 gramos de proteína diarios. El gasto de recursos implicado en una dieta no vegetariana se ve aumentado por el hecho de que el cuerpo no es capaz de almacenar la proteína, y una vez que satisface sus necesidades, toda cantidad adicional sirve para energía o se almacena como grasa. A esta limitante biológica hay que sumar el problema de los hábitos sedentarios de la mayoría. Es decir, el exceso de calorías, provenga de la fuente que sea, será almacenado como grasa en el cuerpo. He aquí algunas de las razones para comprender la epidemia de sobrepeso que asola al mundo. Los países desarrollados, y también Uruguay, consumen más del doble de la cantidad recomendada de proteínas animales. Mientras tanto, Uruguay no llega ni a la mitad de la cantidad diaria recomendada de frutas y verduras (400 gramos por persona). Por lo tanto, lo que precisamos, con urgencia, es una reducción y redistribución global del consumo de las proteínas y un aumento en el consumo de los demás nutrientes (fibras, lípidos y carbohidratos de alta calidad, vitaminas y minerales) presentes en fuentes vegetales.

Otro conjunto de ideas erróneas que pretenden legitimar a la ganadería, particularmente en nuestro país, es aquel que señala la pobreza e ineptitud del suelo de determinadas regiones para otras actividades que no sea esta misma. Pero esa idea no es más que parte del mismo imaginario de las élites (ganaderas) fundacionales de la nación, aquel de “las tierras sin ningún provecho”, que a la postre adquirió estatus legal y técnico, al ser consagrado en el índice CONEAT, que mide la capacidad productiva de los inmuebles rurales. Casualmente, el artículo 65 de la Ley 13695 que instrumenta este índice, define dicho rendimiento por su capacidad productiva en términos de carne bovina, ovina y lana en pie: “El Ministerio de Ganadería y Agricultura, [...], fijará la capacidad productiva de cada inmueble y la capacidad productiva media del país, a los efectos de esta ley en términos de lana y carne bovina y ovina en pie”. La ley fue aprobada bajo el régimen de medidas prontas de seguridad, en la antesala de la última dictadura cívico-militar. El ministro de Ganadería y Agricultura de entonces era Carlos Frick Davies, latifundista y banquero, a la sazón abogado del frigorífico Swift; a raíz de su secuestro por el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros fue sucedido por Jaime Montaner (de oficio también ganadero) e inmediatamente por Juan María Bordaberry, reconocido dictador y ganadero.

En otras palabras, estos supuestos objetivos indicadores de la calidad del suelo están pensados no en función de parámetros ecológicos y de soberanía alimentaria, sino al servicio del rendimiento agroindustrial y en beneficio de la clase rentista. Estas mismas agencias técnicas estatales son las que sostienen el modelo agroindustrial según el cual no

se puede producir sin abonos sintéticos ni agrotóxicos (ahora eufemísticamente denominados “fitosanitarios”).

Es imperioso pensar otros modos —ecológicos, estacionales, locales— de habitar y producir en el ámbito rural, sin para ello explotar animales. Y de hecho es posible. Pueden ensayarse y potenciarse actividades que ya se realizan en esos territorios, tales como emprendimientos gastronómicos en base a ingredientes locales y autóctonos; el turismo sostenible; los deportes de aventura; la producción de alimentos agroecológicos; la creación de santuarios y refugios de animales víctimas de la explotación, y un largo etcétera. La capacidad resiliente y creativa de la humanidad demuestra que este no debería ser un mayor problema. En este marco adquiere especial relevancia la permacultura vegana, cuya inspiración filosófica proviene, entre otros pensadores, de Bill Mollison, David Holmgren y Masanobu Fukuoka, así como de las comunidades tradicionales que aún viven en conexión con la tierra. Este modo de vida es capaz de producir alimentos tomando en cuenta las particularidades y recursos locales garantizando la fertilidad de la tierra, y de cerrar los ciclos de nutrientes, actualmente rotos por la ganadería y la agroindustria. Entre sus principales técnicas está la creación de bosques comestibles, la producción de fertilizantes y abonos vegetales, acolchados (*Mulch*), policultivos y rotaciones.

Una nota aparte merecerían los efectos propiamente sociales de la ganadería extensiva. Ciertamente, una de las principales consecuencias de esta industria en América Latina es una estructuración de clases muy desigual. Allí donde se instala, produce élites con alta acumulación de renta y capital, con ejercicios de poder oligárquico. En virtud de la ley de concentración de capitales, posee una tendencia natural al latifundio, en tanto que su activo base para la reproducción ampliada del capital es la superficie terrestre, y no tanto la dotación tecnológica o la fuerza de trabajo empleada.

En las configuraciones más desiguales estas élites alcanzan niveles de poder paraestatal, a menudo en alianzas con el delito organizado (usualmente el narcotráfico y la especulación inmobiliaria) para el expolio de tierras. Los recientes incendios en Argentina y el desplazamiento de pueblos originarios en toda Latinoamérica son un claro ejemplo de ello.

La ganadería es, además, una carga nefasta para la economía, en tanto es proclive (al igual que otros *commodities*) a la concentración, extranjerización y primarización de la producción nacional, suponiendo un grave riesgo para la soberanía alimentaria. La cadena cárnica, como tantos otros segmentos del mercado, está gobernada por multinacionales que procuran sus intereses económicos antes que el bienestar de la población. A modo de ejemplo, la cadena de mataderos Minerva Foods —fundada por la familia ganadera brasileña Vilela de Queiroz— y el japonés BPU, concentran más del 20 % del sector.

No obstante todo ello, Gates, declaró: “No creo que los países pobres necesiten comer carne sintética. Pero sí creo que todos los países ricos deberían pasarse cuanto antes a la carne 100 % sintética”. Aquí se adivina una mentira: como todo bien de lujo, la carne a pasto será aún más un elemento de distinción de *status*, y más bien es previsible lo contrario: los ricos seguirán comiendo productos suntuosos —en este caso, carne orgánica proveniente de ganadería alimentada a pasto—, mientras que los pobres seguirán comiendo comida chatarra ultra procesada, con ingredientes genéticamente modificados, alta en grasas y carbohidratos de baja calidad y desprovista de nutrientes esenciales, y,

claramente, la carne sintética, que será el relleno principal de *nuggets*, panchos, hamburguesas y demás preparaciones del estilo.

Palabras finales: la falsa antítesis de la carne sintética y “a pasto”

La presión demográfica global y la perspectiva del colapso ecológico han fomentado el trasiego de grandes capitales hacia la industria de la biotecnología, ejerciendo presión en organismos multilaterales y de gobernanza mundial (FAO-ONU, fondos de financiación, etcétera) para desarrollar proyectos como el de la carne sintética.

Confrontar a la carne sintética con la natural es una trampa intelectual de las élites ganaderas, la ciencia y el Estado, que nos fuerzan a pensar de forma dicotómica. Pese a que aún cueste aceptarlo, lo “natural” a secas no existe. La ganadería, como toda domesticación, es un efecto de la intervención humana. El consumo masivo de carne no hubiese sido posible sin el concierto de tecnologías para nada naturales, como la eugenesia (que seleccionó las especies con carnes más palatables), el tractor (que permitió destinar animales de labranza al pastoreo) y el frigorífico (que permitió su comercialización en ciudades).

No nos dejemos engañar por los espejos de colores de la industria de la biotecnología. Aunque argumenten que la carne sintética será más económica de producir y constituirá un arma en la lucha contra el hambre y la crisis ecológica, debemos recordar que este mismo argumento se utilizó para justificar el uso de transgénicos, cosa que sólo ha traído más hambre, pobreza, desigualdad y degradación ambiental, producto del modelo agroindustrial en el cual se desarrolló. Hay que pensar relacionamente.

Si se masifica el consumo de la carne de cultivo, se profundizará aún más la brecha que nos separa de la tierra, reforzando la imagen de un mundo urbano, plástico y mecanizado en el cual lo sintético y la tecnología amenazan la vida.

Haciendo a un lado los aspectos negativos señalados, indiquemos un punto que podría ser muy positivo de la carne de cultivo: ayudaría transitoriamente a resolver el dilema ético que supone alimentar animales rescatados cuya dieta es carnívora estricta, como los gatos domésticos y otras especies víctimas del encierro de los zoológicos y de otras violencias especistas (en EEUU hay miles de grandes felinos confinados en zoológicos privados, tal como registra el dramático e hilarante documental *Tiger king*), desbaratando así la industria de la comida para mascotas, que es otra importante fuente de violencia hacia los demás animales.

V. Osteoporosis y veganismo (o Réquiem para la industria láctea)

La osteoporosis es una enfermedad sistémica caracterizada por una disminución de la masa ósea y un deterioro de la microarquitectura del tejido óseo, que incrementa la fragilidad del hueso, con el consecuente aumento del riesgo de fractura. Las recomendaciones médicas para su prevención y tratamiento apuntan a la importancia del consumo de calcio para fortalecer los huesos. En este sentido, así como la industria cárnica, apoyada por una ciencia servil que, por cinismo o ignorancia, ha asociado la carne con proteína, del mismo modo la industria láctea lo ha hecho entre la leche y el calcio, el nutriente esencial —pero no único— para la salud ósea.

A continuación reflexionamos sobre esta patología para impugnar varios desaciertos epistemológicos en el campo de la salud a modo de alegato contra la industria láctea.

Ciencias médicas, industria láctea y veganismo

El tratamiento preventivo generalmente recomendado por los profesionales de la salud para esta condición consiste en sugerir una ingesta diaria de calcio a partir del consumo de productos lácteos, realizar ejercicio físico y tomar sol moderadamente. Pero estas recomendaciones nutricionales son, como explicaremos, una repetición irreflexiva del discurso del poderoso *lobby* de la industria láctea, alimentado por el afán del lucro mucho más que por el interés en la salud humana, al punto que muchas veces esconde prejuicios y menosprecios en torno a una dieta que excluya sus productos, como la vegana.

Un claro ejemplo local de esta actitud son las palabras de la Dra. Beatriz Mendoza, especialista en endocrinología de la Clínica de Endocrinología y Metabolismo del Hospital de Clínicas. [En una entrevista concedida a la diaria](#), señala que uno de los principales problemas para lidiar con la enfermedad es que “no hay datos” sobre la cantidad de personas con osteoporosis en Uruguay, y que existe “una tendencia mundial de subdiagnóstico”. Para suplir esta carencia cuantitativa, explica, se utilizan los datos sobre fracturas de cadera como un indicador aproximativo. Seguidamente recomienda, como medida preventiva, el consumo de lácteos, exposición al sol y hacer ejercicio. Finalmente, ante la pregunta de la periodista “¿qué pasa con las personas veganas?”, responde, sin más fundamento: “es un problema”.

Ahora bien, antes de sacar conclusiones apresuradas es preciso saber una cosa: en Uruguay y en casi todo el mundo no hay datos sobre las preferencias dietéticas de la población. Por ende, no es posible plantear más que aproximaciones sobre la cantidad de veganos y su estado de salud. A esto debe sumarse que a nivel nacional apenas se está desarrollando una incipiente formación e investigación especializadas en nutrición basada en plantas. Sorprende entonces cómo, sin datos fidedignos de prevalencia de osteoporosis en la población general y sin información adecuada sobre la población vegana en particular, la doctora afirme que los veganos se encuentren en una situación particularmente problemática frente a la afección.

Además, dada la señalada escasez de investigación sobre veganismo en el campo de la salud, también sería difícil afirmar, ante un caso de osteoporosis en una persona vegana, que la enfermedad se deba a su dieta y no a alguno de los otros factores que condicionan la enfermedad y que la propia doctora menciona —causas genéticas, tabaquismo, alcoholismo, falta de exposición al sol, entre otros—.

En realidad, la postura de la doctora no es individual, sino que es la normal en la corporación médica. De hecho, la última *Guía alimentaria para la población uruguaya* (2019) elaborada por el Ministerio de Salud reza: “Sin lácteos en el desayuno es difícil alcanzar las tres porciones que precisamos por día para mantener la salud de los huesos”.

Pero este vacío y desactualización del conocimiento poco a poco se está llenando con saldo favorable para el veganismo. En 2016 la estadounidense Academia de Nutrición y Dietética sentenció que

las dietas vegetarianas, incluyendo las veganas, planificadas de manera adecuada, son saludables, nutricionalmente adecuadas y pueden proporcionar beneficios para la salud en la prevención y el tratamiento de ciertas enfermedades. Estas dietas son apropiadas para todas las etapas del ciclo vital, incluyendo el embarazo, la lactancia, la infancia, la niñez, la adolescencia, la edad adulta, y para deportistas (traducción propia de Academy of Nutrition and Dietetics, 2016: 1970).

Para el caso concreto de la osteoporosis, un reciente estudio de cohortes con 106.772 personas en Suecia con el fin de examinar si el alto consumo de leche está asociado con mortalidad y fracturas en mujeres y hombres concluyó que “la ingesta alta de leche se asoció con una mayor mortalidad en una cohorte de mujeres y en otra cohorte de hombres, y con una mayor incidencia de fracturas en las mujeres” (traducción propia de Michaëlsson *et al.*: 2014).

Las preguntas cruciales que los profesionales de la salud deberían afrontar, pues, son: ¿Por qué los países con mayor consumo de lácteos son los que tienen más prevalencia de osteoporosis? ¿Por qué el humano es el único mamífero que sigue consumiendo leche —de otra especie— después de la lactancia?

Mala leche

¿Por qué son tan insalubres los lácteos? Señalemos ante todo que no es sólo leche lo que se vende en la bolsita o el tetrapack, pues esta viene acompañada de pus, sangre, hormonas, antibióticos y tóxicos como los ftalatos y dioxinas.

A saber, la Administración de Medicamentos y Alimentos de Estados Unidos permite hasta 750 millones de células de pus por litro de leche. Este pus es segregado a raíz de la infección de las ubres (mastitis) producto de la exigencia pecuaria. La industria láctea manipula genéticamente por selección artificial a las vacas para obtener ejemplares que produzcan enormes cantidades de leche. Esta anormal producción, sumada a los daños producidos por el equipamiento de ordeño, causa la mastitis.

A su vez, estos mismos equipos de ordeño son la fuente de contaminación por ftalatos, presentes en las mangueras plásticas por donde fluye la leche y que al entrar en contacto

con las grasas de la misma se disuelven en ella. El consumo de ftalatos puede inducir daño renal, cánceres y problemas de fertilidad, entre otros aún desconocidos.

La presencia de antibióticos en la leche se debe a las infecciones provocadas por la selección y modificación genéticas de los animales para la cría estandarizada y el consiguiente aumento de la productividad, que disminuyen sus defensas inmunitarias frente a los patógenos. Más del 75 % de los antibióticos a nivel global son para uso veterinario, para engorde o prevención de infecciones en animales no enfermos, lo cual ha producido un gravísimo problema de resistencia a los antibióticos, también para los humanos, siendo catalogado por la OMS como uno de los principales problemas de salud que afronta la humanidad. No podemos olvidar, en estos tiempos pandémicos, la contribución del ganado vacuno a la aparición de enfermedades zoonóticas (brucelosis, tuberculosis, etcétera).

Además de estar asociados a la osteoporosis, los lácteos son también un importante carcinógeno, pues contienen la hormona IGF-1 (factor de crecimiento insulinoide) y hormonas sexuales, reconocidos factores desencadenantes en diversos tipos de cáncer.

Por si fuera poco, influyen en el aumento de la obesidad, enfermedades cardiovasculares y diabetes, debido a su alto contenido de grasas y colesterol (Tonstad, Butler, Yan & Fraser, 2009).

Pero además de ser terrible para la salud y el ecosistema —como se verá a continuación—, la leche de vaca implica un sufrimiento animal sin igual. Como se ha dicho, las vacas solo producen leche para amamantar a sus crías, por lo cual son inseminadas a la fuerza, para luego arrebatárles sus crías y así dejar la leche disponible para consumo humano —un código penal no antropocéntrico tipificaría esto como violación y secuestro—. Obviamente, esta situación les causa un profundo dolor emocional —las vacas lloran y buscan a sus terneros durante días—.

Hablando de maternidades, señalemos que la industria láctea es una de las principales amenazas para la lactancia materna y la salud infantil, ya que se propone captar y fidelizar clientes desde la cuna. Laura Fazio, coordinadora del área de Lactancia del Ministerio de Salud Pública (MSP), ha declarado que “el MSP generará un equipo ‘para vigilar y controlar’ los sucedáneos de leche materna para [que] ‘el *marketing* no llegue a las familias haciendo que utilicen preparados de lactante cuando no es necesario”²¹. Mientras tanto, la Sociedad Uruguaya Pediátrica omite la evidencia empírica más reciente y a las voces disidentes: “los productos lácteos deben estar presentes en la alimentación diaria [...]. Hay evidencia científica muy reciente y sólida que avala la inocuidad de las grasas lácteas con respecto a las enfermedades crónicas del adulto (obesidad, diabetes, hipertensión arterial).²²

En base a evidencia pseudocientífica y contra la intuición más básica, la Industria láctea nos ha persuadido de que tenemos los mismos requerimientos nutricionales de un ternero que pesa 35 kg al nacer, que crece 40 veces más rápido que el humano y que por lo tanto sus necesidades nutricionales son totalmente distintas. A modo de ejemplo, la leche humana posee 2,7 g de proteína caseína por litro, mientras que la de vaca tiene 26 g.

²¹ [“El descenso de la tasa de lactancia materna le preocupa al MSP: en 2020 fue de 57.4%. 8% menos que hace diez años”](#).

²² [“Sobre la importancia de la leche en la alimentación del niño”](#).

No es casualidad que un 65 % de la población mundial presente alguna intolerancia o alergia a la leche. La leche de vaca es un alimento tan nefasto para el cuerpo humano que la industria ha debido quitarle la grasa (“descremada”), la proteína (“descaseinada”) y el azúcar (“deslactosada”) y ocasionalmente agregarle nutrientes (“fortificada”) para hacerla más tolerable y vendible. Y aún así sigue causando problemas.

Ahora bien, ¿cuál es la razón fisiológica por la cual los lácteos afectan al organismo y particularmente a los huesos? La respuesta está en que la leche, como toda proteína animal, acidifica la sangre, constituyendo así un entorno tóxico y favorable para la proliferación de enfermedades. Para equilibrar el pH ácido de la sangre, esto es, para alcalinizarla, el cuerpo debe recurrir al calcio, el cual toma de los huesos, disminuyendo así su densidad.

Para cerrar esta sección sobre la pérdida industria láctea, señalemos un importante elemento de sociología del conocimiento. La industria láctea financia investigaciones, asociaciones profesionales, congresos y publicaciones y así se granjea el apoyo de la comunidad científica, corroyendo así la credibilidad de la ciencia al bajo precio del interés corporativo-capitalista. Esto transcurre cotidiana e impunemente en la institucionalidad médica en todos sus niveles (gubernamental, universitario, privado) y esta no parece estar dispuesta, junto a la impávida opinión pública, a reconocer sus conflictos de interés. He aquí un claro ejemplo local y reciente de colusión de intereses:

El día 22 [de agosto de 2019] se desarrolló la 16ª Jornada de Nutrición de Nutriguía con la participación de más de 350 profesionales nutricionistas, médicos y estudiantes de las carreras de nutrición y afines. En el marco de dicha jornada se organizó el panel central del evento, denominado “¿Qué sabemos hoy de los lácteos? Evidencias y recomendaciones en la salud y la enfermedad”, cuya coordinación estuvo a cargo del Lic. nut. Rafael Cornes, coordinador de la campaña *¡Sí a la leche!* de la Federación panamericana de la leche [Fepale]. [...] Se organizó desde Fepale una conferencia magistral sobre “Proteínas y grasas lácteas, últimas evidencias científicas”, a cargo del Dr. Torres y llevada a cabo en las instalaciones del Instituto Nacional de la Leche de Uruguay. En dicha oportunidad se reunieron profesionales destacados del área de nutrición de Uruguay, responsables de programas gubernamentales sobre nutrición, representantes del Ministerio de Salud Pública y del Instituto Nacional de Alimentación, así como directores de instituciones públicas y privadas, tomadores de decisión sobre el Programa de Alimentación Escolar y referentes del área académica de la Universidad de la República y Universidad Católica de Uruguay.²³

(Casualmente, en los *coffee break* del evento se sirvieron postrecitos Viva de Conaprole y otros ultraprocesados).

Buenas leches

Afortunadamente, el consumo global de leche de vaca cae en picada desde hace una década. Según datos de Dairy Farmers of America, tan solo en un año se reportaron en Estados Unidos pérdidas de más de mil de millones de dólares y se prevé que continúe así, en gran medida debido al alza del consumo de leches vegetales, disponibles en gran variedad de presentaciones (avena, almendra, soja, etcétera). Para resumir, en el Cuadro 1 se presentan valores de calcio y otros nutrientes e indicadores ecológicos de leche vacuna frente a dos alternativas vegetales.

²³ [¡Sí a la leche! en Uruguay.](#)

Cuadro 1: Aporte de nutrientes e indicadores ecológicos seleccionados para leche vacuna vs leches vegetales

	Leche vacuna	Leche de almendras	Leche de soja
Calcio (mg/200 ml)	210	325	240
Colesterol (mg/litro)	8	0	0
Grasas (g/200 ml)	6,0	5,0	4,6
Proteína (g/200 ml)	6,0	2,1	6,6
Huella hídrica (litros de agua/litro)	1084	340	28
Huella carbono (kg de CO ₂ /litro)	3,2	0,7	1,0
Uso de tierra (m ² /litro)	9	0,5	0,7

Fuente: elaboración propia en base a datos de USDA, FAO (2009) y Poore & Nemecek (2018).

Conclusiones y recomendaciones

No existen alimentos esenciales, como los lácteos, sino nutrientes esenciales, como el calcio, para cuya obtención se puede perfectamente prescindir de aquellos y atenerse a fuentes vegetales. Este mineral, como todos los otros, se obtiene del suelo, siendo el reino vegetal el único capaz de transformar la materia inorgánica —los minerales— en materia orgánica (autotrofia). Es por esta sencilla razón que es en los vegetales donde estos micronutrientes se encuentran cuantitativa y cualitativamente más biodisponibles. Los huesos más resistentes del reino animal los poseen los herbívoros (como los elefantes, por ejemplo). No hay de qué temer: el calcio es el quinto elemento más abundante en la corteza terrestre y se encuentra en numerosas fuentes vegetales como por ejemplo frutas, legumbres (lentejas, porotos, garbanzos, soja), vegetales (brócoli, zapallo, hortalizas de hoja verde), etcétera. Para decirlo pedagógicamente: beber leche de vaca para obtener calcio es como beber alcohol para obtener agua.

Urge actualizar las recomendaciones de la guía nutricional para la población uruguaya a la luz de los avances científicos en la materia, incluyendo recomendaciones para una dieta basada en plantas, eliminando las exigencias del consumo de productos animales como condición para una dieta saludable y haciendo partícipes de su elaboración a las organizaciones interesadas.

En aras de visibilizar la presión de la industria alimentaria sobre la academia es imperioso comenzar a declarar los conflictos de interés en las investigaciones científicas (en el documental *What the health* puede apreciarse a qué nos referimos con esto).

Una de las claves para poseer huesos sanos es la lactancia materna. Ahí es donde deben concentrarse los esfuerzos preventivos, propiciando un aumento del período de lactancia y mejoras en la calidad de la leche, para lo cual debe mejorarse la calidad de vida de las mujeres-madres.

La industria láctea —y el resto de la producción animal— debe internalizar los costos ambientales y de salud de sus productos en los precios finales de venta. Un reciente estudio estima que los precios de los lácteos deberían ser 91 % más caros si se incluyera sólo su huella ecológica (los de la carne serían un 146 % más caros) (Pieper, Michalke & Gaugler, 2020).

Finalmente, ya es hora de abandonar el subsidio a la leche. Ya no existen razones para sostenerlo y los productores no han sido capaces de solventar sus negocios, pues están en bancarrota. El nuevo presidente del Instituto Nacional de la Leche ha declarado: “si los jóvenes no se integran a la producción, en 15 años no habrá más lechería”. ¿Qué hace la industria láctea con el dinero de los “contribuyentes”? ¿Por qué su pasivo supera su activo, cierra puestos de trabajo y posee tan alta conflictividad laboral?

TERCERA PARTE: RACISMO Y PRODUCCIÓN ANIMAL

En su artículo “Beyond Biopolitics: Animal Studies, Factory Farms, and the Advent of Deading Life”, Stanescu sostiene que necesitamos aparatos conceptuales específicos para captar la singularidad de la explotación animal más allá de las clásicas metáforas del genocidio y del Holocausto, entre otras que se han planteado para abordar el tema. Propone que, tal como señala el título, hemos hecho de los animales “de granja” “vidas murientes”, cosa diferente a los “muertos vivientes” que propone Primo Levi para ilustrar el tratamiento que los nazis dieron a los judíos.

Consideramos de relevancia esta reflexión, pues abre un campo dentro de los estudios animales que debe ser profundizado y a su vez complementado con las particularidades de las coyunturas históricas y de los localismos donde se ejerce la explotación animal.

En este sentido, algo de esto pretendemos hacer en esta tercera y última sección. Pasamos revista, por ejemplo, a la importancia de la zootecnia; a los mecanismos de selección artificial con fines eugenésicos; a las herramientas de tortura, etcétera. Entre otras, proponemos las siguientes preguntas: ¿Qué singularidades poseen los dispositivos de explotación animal frente a los humanos? ¿Cómo se expresa el racismo de Estado en la cuestión animal? ¿Qué puede un cuerpo? ¿Qué articulaciones pueden hacerse entre el pensamiento socialista y la cuestión animal?

VI. 1º de Mayo: la explotación invisible²⁴

Cada 1º de Mayo, como es clásico, miles de trabajadores recuerdan la fecha y reavivan el discurso de la lucha de clases. Para entonces, una parte del movimiento obrero oficial acostumbra congregarse en la plaza homónima en un acto que, en virtud de su repetición ritual, ha perdido gran parte de su potencial instituyente. En efecto, el esquema es el siguiente: hay una oratoria central, se leen proclamas y adhesiones, se canta “La Internacional”, se reparte propaganda y se comen choripanes y hamburguesas de las decenas de puestos de venta que se instalan en los alrededores.

Con el afán de renovar los debates que se dan en esta fecha, en este capítulo queremos aportar algunas pistas conceptuales para argumentar que la "cuestión social" —esa expresión con que la burguesía nombró a la pauperización del proletariado— y la cuestión animal están profundamente entrelazadas, y aún más: los animales son parte de la clase trabajadora.

La cuestión social y la cuestión animal

“Ser una bestia de carga”, “trabajar como un animal” y “trabajar como esclavo (o negro, o chino)” no son comparaciones a la ligera. Son expresiones populares que bien remiten a un mismo escenario: el de la producción capitalista y de la explotación animal.

El campo de los estudios animales y el de la biopolítica enseñan que los dispositivos de explotación capitalista sobre humanos han sido total o parcialmente inspirados en la previa explotación de los animales (Stanescu, 2013: 146). El ejemplo más claro de ello es la invención de la cadena de montaje, que fuera concebida por Henry Ford al observar las prácticas laborales de los mataderos de Chicago. De igual modo, la fábrica, como dispositivo de confinamiento que restringe el movimiento antiproductivo del cuerpo, le debe mucho a la cría intensiva de animales, con la cual se buscaba reducir la quema de calorías y acelerar el proceso de engorde. Una genealogía arqueológica de la tortura también demuestra que muchas herramientas utilizadas para ello fueron desarrolladas primero para atormentar animales. Es el caso del yugo y el látigo, implementos con los cuales se sometía a bueyes y caballos, respectivamente, y que posteriormente fueron usados contra esclavos humanos.

El análisis histórico revela que la primera propiedad privada fueron los animales, y que de ahí a la esclavitud fue una cuestión de transición cuyo movimiento consistió en asignar a grupos de personas el estatus animal. Las guerras y sus consecuentes desplazamientos de poblaciones y toma de esclavos estuvieron motivadas por el beneficio económico que otorgaban los animales, constituyéndose estos, así, en el principal motor de la acumulación originaria postulada por Karl Marx.

La racionalidad instrumental hacia los animales dio un salto importante con la domesticación y el modo de producción ganadera romano. Plutarco escribió que “es una práctica común suturar los ojos de grullas y cisnes y encerrarlos en lugares oscuros para cebarlos” (Antagonism & Practical History, 2017: 13). Luego de unos siglos se concibieron las fábricas

²⁴ Este capítulo es una versión modificada del artículo “1º de Mayo: la explotación invisible” publicado en *Brecha*.

y técnicas industriales modernas basadas en la optimización máxima de los cuerpos de animales y trabajadores, donde el desmembramiento y la fragmentación son la norma.

En su obra prima *El Capital* Marx acuñó el concepto “fetichismo de la mercancía” para referir al fenómeno según el cual las relaciones de producción e intercambio no son concebidas como relaciones entre personas, sino entre cosas (dinero y mercancías). De este modo, se ocultaba la situación de explotación del proletariado y se cosificaba la fuerza de trabajo. Pues bien, el fetichismo de la mercancía está particularmente presente en los productos de origen animal, cuya procedencia es sistemáticamente negada por el embalaje, los artificios de la publicidad, los procesos industriales (mataderos cerrados y alejados de las ciudades), el distanciamiento lingüístico (“pescado”, no pez), el secretismo de los laboratorios de experimentación animal, etcétera. Este fetichismo es el que de vez en cuando se ve desnudado por el activismo animalista (por ejemplo, con cámaras ocultas), sacudiendo el edificio moral de la opinión pública y de la sociedad del espectáculo.

Los animales son parte de la clase trabajadora

Con la publicación del ensayo “Los animales son parte de la clase trabajadora” el historiador Jason Hribal revolucionó el campo de los estudios animales y la teoría política —especialmente la marxista—. En resumidas cuentas, su tesis es la siguiente: en la sociedad capitalista, además de ser mercancía y biotecnología, los animales son, esencialmente, trabajadores.²⁵ Sostiene que las revoluciones agrícola, industrial y urbana no hubiesen acontecido de no ser por los animales que trabajaron en granjas, fábricas y ciudades.

A modo de ejemplo, bajo el capitalismo del siglo XIX, las vacas lecheras de Estados Unidos aumentaron su producción anual per cápita de 5.300 a 13.627 litros (Hribal, 2014: 24). En cuanto a los caballos, no se equivocó James Watt al elegirlos como unidad para medir la potencia de la máquina de vapor. Desde luego, los caballos, mulas, burros y vacas habían sido los principales proveedores de energía durante un milenio. Así fue en la agricultura, la molienda y el transporte (Hribal, 2014: 27). Fue la introducción del trabajo de bueyes y caballos lo que catapultó las industrias dominantes transatlánticas del azúcar y el algodón durante los siglos XVIII y XIX. Estos trabajadores hacían turnos de doce horas para trazar, cardar, tejer, trasquilar y terminar productos de algodón; en las fábricas de cerveza molían la malta y bombeaban el mosto; acarreaban los cañones para la industria armamentística; prensaban y destilaban aceite; prensaban la sidra y devanaban minerales; batían barro, pisaban los curtidos, molían y trituraban de todo; estiraban la seda y tejían el lino, además de trasladar mercancías y personas (Hribal, 2014: 31). Estas condiciones de trabajo determinaban que la vida promedio de los equinos se viera reducida de 25-30 a 4-7 años (ver Cuadro 2).

Aunque los caballos prácticamente se hayan dejado de utilizar para tareas de potencia una vez que fueron sustituidos por motores de combustión y eléctricos, hoy continúan trabajando en hipódromos para el divertimento de los ricos y la recaudación de las arcas del Estado. También son explotados por la policía y el ejército y, por supuesto, siguen siendo utilizados en tareas rurales hasta que son considerados viejos e ineptos y, en lugar de

²⁵ Para un análisis profundo sobre la importancia de la semiótica animal en la producción de subjetividad capitalista, además del valor mercantil de los animales, ver Nicole Shukin, *Animal Capital: Rendering Life in Biopolitical Times*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2009.

serles otorgada una jubilación para morir tranquilamente, son enviados al matadero (en Uruguay existen tres frigoríficos que matan aproximadamente 30.000 caballos al año para exportación).

A pesar de todo, las ideas hasta ahora expuestas han sido prácticamente ignoradas o rechazadas por el pensamiento de izquierda. Curiosamente, Hribal señala que la comprensión de los animales como trabajadores fue más acertada en la teoría del valor de Adam Smith que en Marx, y que la causa animalista fue principalmente defendida por algunas confesiones protestantes como los anabaptistas y cuáqueros (que también se opusieron a la esclavitud humana).

Hijo de la Modernidad, el pensamiento socialista heredó en su infancia una concepción antropocéntrica fundada en los ideales ilustrados de la razón, el orden y el progreso, forjando una visión de la naturaleza como fuente ilimitada de recursos destinada al dominio. Estas ideas perviven hasta hoy con matices y fueron refrendadas durante las experiencias del socialismo real. En un discurso pronunciado en 1965 Fidel Castro celebró la primera exportación de carne de res y argumentó con alegría: “la carne es un artículo que tiene tanta demanda que se [la] puede llamar ‘el oro rojo’”. El socialista italiano Antonio Gramsci escribió con aprobación que “la historia de la industrialización ha sido siempre una continua lucha contra el elemento de ‘animalidad’ en el hombre” (Antagonism & Practical History, 2017: 22). Actualmente y en nuestro país, el dirigente de la Unión de Asalariados y Trabajadores Rurales entiende que “es un atropello y una estupidez que no debe volver a suceder nunca más que un trabajador pierda su vida por rescatar dos o tres ovejas”, y un renombrado peón rural sostiene que “los trabajadores de este país no nos merecemos tener que sobrevivir peor que animales”. Evidentemente aquí no hay un reconocimiento de pertenencia a la misma clase social y en cambio sí una búsqueda de distinción de status.

En general, la izquierda ha tratado peyorativamente a la cuestión animal como un capricho pequeñoburgués o algo propio de un sentimentalismo infantil y femenino, pasible de ser reducido al ridículo y, en el mejor de los casos, a una cuestión tolerable y por ende secundaria.

Contrariamente, han existido manifestaciones de reconocimiento empático hacia los animales trabajadores, como la de Rosa Luxemburgo, que, estando en la cárcel en 1917, expresó su empatía hacia el búfalo que, desde su celda, vio que estaba siendo maltratado: “El sufrimiento de un querido hermano no podría haberme conmovido más... Pobre infeliz, soy tan impotente, tan muda como tú; soy una contigo en mi dolor, mi debilidad y mi anhelo” (Antagonism & Practical History, 2017: 30).

Cuadro 2: expectativa de vida en libertad vs expectativa de vida bajo el régimen de trabajo capitalista de los animales trabajadores

Especie	Edad de sacrificio	Expectativa de vida en libertad
Terneros	1-24 semanas	15-20 años
Gallinas (para carne)	5-7 semanas	8 años
Conejos	10-12 semanas	8-12 años
Cerdos (para carne)	6 meses	10-12 años
Corderos	6-8 meses	12-14 años
Vacas (para carne)	18 meses	15-20 años
Gallinas (ponedoras)	1-2 años	8 años
Cerdas reproductoras	3-5 años	10-12 años
Vacas (para leche)	4 años	15-20 años

Fuente: adaptación a partir de <https://www.farmtransparency.org/>

La cuestión de género en los animales que trabajan

Si el capitalismo direccionó primeramente a las mujeres al trabajo reproductivo y doméstico no remunerado, y posteriormente también al asalariado, estableciendo así una doble opresión, del mismo modo es importante saber —aunque aquí no podremos abordarlo en profundidad— que la cuestión de género también atraviesa a los animales explotados. Es así que estas hembras trabajan mucho más, pues son también las encargadas de la reproducción de la fuerza de trabajo, así como de la producción de aquello que Carol Adams (2016) denominó “proteínas feminizadas”, para designar las mercaderías que únicamente el género femenino produce, tales como los huevos y la leche. No se equivoca la canción infantil cuando entona: “Señora Vaca, usted sabe trabajar”.

Resistencia obrera animal

Uno de los puntos más fuertes de la argumentación de Hribal está en que los demás animales también tienen agencia, es decir, la capacidad de realizar acciones intencionales para obrar en el mundo. La atribución de agencia a entidades no humanas, aunque marginal, no es nada nuevo en la historia del pensamiento; puede apreciarse en filosofías orientales, religiones animistas, cosmovisiones indígenas y también en producciones marginales de la filosofía occidental.

Hribal agrega que uno de los principales modos en que se expresa la capacidad de agencia animal es en las acciones de resistencia frente a la dominación humana. Esta resistencia puede ser violenta (atacando mediante mordidas, coceos y embestidas) o no violenta (negándose a trabajar simulando ignorancia o rechazando órdenes, disminuyendo la velocidad, tomando descansos sin permiso, robando abiertamente o en secreto, destruyendo equipamiento, fugándose, etcétera).

Entre los más reconocidos casos de resistencia animal está el de Topsy, el elefante circense que asesinó a su cuidador luego de que este le quemara la trompa con un cigarro. Como castigo fue electrocutado con un prototipo ideado por Thomas Edison que luego derivaría en la creación de la silla eléctrica usada para ejecutar la pena capital en humanos. Más recientemente, se encuentra el famoso caso de Tilikum, una orca que asesinó a algunos de sus entrenadores en el parque acuático Seaworld (cubierto por el documental *Blackfish*, 2013). En el espectáculo de la tauromaquia lo que se observa es un claro sentimiento de aversión del toro frente a las torturas ejercidas por sus adversarios banderilleros, picadores y matadores —algo muy similar a lo que ocurre con las jineteadas en Uruguay—. Otro curioso caso de agencia animal son los “perros matapacos” chilenos, esos canes que se unen a las protestas callejeras y enfrentan a la policía (pacos) junto a los manifestantes. Podrían reseñarse muchos ejemplos más, algunos mediáticos y otros no, pero lo importante es tener en cuenta que, si en todo rebaño hay una oveja negra es porque, como señalaba Foucault, donde hay poder hay resistencia. También, esta característica de la resistencia en los animales trabajadores podría concebirse como el correlato del concepto marxista de lucha de clases.

Maltrato animal y sufrimiento humano en los sectores rural y frigorífico

Como es pensable, los sectores laborales donde más violencia se ejerce hacia los animales son el agropecuario y el frigorífico. Pero también allí se registra una de las mayores fuentes de sufrimiento humano, producto de la explotación capitalista. Una mirada a las estadísticas de accidentalidad, enfermedad, incapacidad y mortalidad laborales en esos sectores puede servir para ilustrar este punto (habrá de tenerse en cuenta que los datos, recogidos por el Banco de Seguros del Estado (BSE), abarcan al universo comprendido dentro de la formalidad y que el mercado laboral uruguayo presenta alta informalidad, particularmente en el rubro agropecuario y pesquero).

Según consigna un informe de accidentes laborales ocurridos en el sector frigorífico elaborado por el BSE, en el período comprendido entre 2014 y 2018, 13.760 trabajadores se accidentaron en esa industria (7,7 % del total) y 424 acabaron incapacitados en el período 2016-2018 (16,4 % del total de incapacidades ocurridas en el mismo período) (BSE, 2018a).

Por otro lado, en el sector agropecuario, en el período comprendido entre 2014 y 2018 se produjeron 17.546 accidentes laborales (9,8 % del total), de los cuales 118 desencadenaron incapacidad (4,6 % del total) y 21 acabaron en fallecimiento (10,4 % del total) (BSE, 2018b).

Un informe de la misma fuente sobre enfermedades profesionales reveló que para el año 2019 la industria frigorífica concentró el 60,7 % del total. El diagnóstico más frecuente fue epicondilitis debida a trabajo intenso y repetitivo (57,1 %), seguido de síndrome del túnel carpiano (20,0 %) y tenosinovitis crónica de la mano y la muñeca (15,2 %). En segundo lugar, la industria del cuero, vestimenta y calzado, concentró el 6,9 % del total de enfermedades profesionales; en tercer lugar, la pesca agrupó el 6,4 % del total de diagnósticos. Es decir que estas tres industrias de explotación animal concentraron el 74 % de las enfermedades profesionales (BSE, 2019a).

Respecto a las muertes en el trabajo, la cifra total para el año 2019 es de 30 trabajadores fallecidos, siendo el sector Agricultura, ganadería, pesca y frigorífico pesquero, con ocho accidentes fatales, el que registró mayores casos (26,6 % del total) (BSE, 2019b).

Estas estadísticas, además de no registrar la informalidad, tampoco registran enfermedades que podrían tener una etiología laboral pero que no están reconocidas por la ley 16.074 de enfermedades profesionales. En efecto, los trabajadores de frigoríficos padecen dolores físicos crónicos (especialmente de espalda y miembros superiores), que escapan a esa clasificación y no son constatados. Muchos de estos dolores son producidos por golpes propinados por los animales que siguen vivos durante la “cadena de desmontaje”, especialmente de aquellos regidos bajo el estándar judío kosher, que no cumple los requisitos de bienestar animal aceptados por la comunidad internacional (en vez de ser aturdidos para quedar inconscientes son degollados hasta morir desangrados).

Lamentablemente, tampoco existen registros de problemas de salud mental de etiología laboral, ya que la norma “considera enfermedad profesional la causada por agentes físicos, químicos o biológicos, utilizados o manipulados durante la actividad laboral o que estén presentes en el lugar de trabajo”. No obstante ello, es fácil intuir en estos casos que del mismo modo en que se afecta lo físico, lo psíquico también se ve afectado. De hecho, investigaciones en torno a la subjetividad y percepciones de los empleados en frigoríficos, así como indagaciones en la clínica psicológica, informan de problemas de insomnio y pesadillas, conductas evitativas (sentimientos de asco y rechazo), violencia auto y hetero infligidas, consumo problemático de alcohol y drogas, y otros síntomas típicos del trastorno por estrés postraumático.

Para enfrentar su cotidiano mortífero, estos trabajadores deben recurrir a la disociación, consistente en el establecimiento de una distancia cognitiva y emocional frente al “objeto” de su trabajo como mecanismo de defensa psíquica frente al monto de angustia que produciría todo asomo de empatía o toma de consciencia. Así las cosas, no sorprende que en sus testimonios digan sentirse como un objeto, ser “una pieza más del engranaje” o “un número más” (como los animales) y que la mayoría no estén a gusto con su empleo.

Este conjunto de condiciones es la causa detrás de que la industria frigorífica sea una de las que presenta mayores tasas de rotación y extranjerización de la mano de obra (eso que Marx denominó “ejército de reserva”).

Animales trabajadores del mundo: uníos

Las ideas de la liberación animal tienen mucho que aportar a la teoría comunista y a la lucha de clases. Desde un punto de vista táctico, una rica historia de batallas creativas desafían y complementan la lucha clasista clásica, destacándose las técnicas de acción directa tales como sabotajes a la caza, bloqueos a la exportación de ganado en pie, irrupción en granjas y laboratorios para el rescate y liberación de animales, visibilización de la tortura animal con cámaras ocultas y creación de santuarios y refugios. El activismo por la liberación animal presenta nuevas formas singulares de ejercer la solidaridad, que se nos antoja conceptualizar con el neologismo *zolidaridad*, del mismo modo que la solidaridad específica entre mujeres en el contexto de la lucha feminista ha sido denominada sororidad.

Hribal también muestra que en el momento exacto de formación de la clase trabajadora puede observarse la formación del primer movimiento por los derechos de los animales, por

lo cual, puede decirse que el antiespecismo emergió de la proletarización tanto de humanos como de no humanos.

La noción de comunidad, tan fundamental para el comunismo, debe ser reformulada —y está siéndolo— para incluir en ella a otras especies. Aquí urge una pregunta: cuando el Partido Comunista de Uruguay en su centenario de existencia adopta el eslogan “100 años tomando partido por la vida”, ¿a qué vidas se está refiriendo? Por otro lado, para este 1º de Mayo el PIT-CNT formuló la consigna “Primero la vida, primero el trabajo”, y no podemos estar más de acuerdo: primero la vida (de todos los seres vivos), primero el trabajo (no asalariado).

Por suerte se avizora un horizonte de renovación generacional que podría incorporar a la liberación animal como un proyecto superador del humanismo antropocéntrico. Todavía resuenan las palabras de la proclama de la Coordinación Estudiantil Antiespecista leída en el acto del 1º de Mayo de 2018 en La Paz, Canelones: “No es suficiente llenarse la boca hablando de libertad e igualdad, con el cadáver de un animal explotado entre los dientes; no es suficiente inflar el pecho dando discursos revolucionarios, si luego nos damos la vuelta para acosar a una compañera. No borremos con el codo lo que escribimos con la mano”. Estos jóvenes también portaban una pancarta que decía: “La especie no es frontera para la solidaridad obrera. Liberación animal”.

Para finalizar, valga una aclaración: el movimiento antiespecista y comunista antiautoritario no aspira a un capitalismo vegetariano (*veggie and animal friendly*) —tendencia que se hace cada vez más probable en las economías centrales—. Más bien, para decirlo todo, aboga por el fin del trabajo asalariado y de la explotación animal. Por la liberación total.

VII. Prohibición de razas caninas: una postura antiespecista²⁶

Mediante un proyecto de ley, la diputada colorada Nibia Reisch propone prohibir la cría, reproducción, comercialización, transferencia, adopción e importación de perros de 15 razas, con el argumento de que, por sus características, “se pueden transformar en un arma”. Quienes ya posean animales de estas razas deberán proceder a su esterilización obligatoria y mantenerlos en “régimen de reclusión permanente”, impidiendo su circulación en la vía pública. En su exposición de motivos, la legisladora argumenta que “existen razas de caninos que presentarían cierta tendencia a ser más agresivas, que incluso genéticamente tendrían un temperamento difícil de controlar”. Las razas en cuestión son: akita, amstaff, rottweiler, pitbull, mastín napolitano, tosa japonés, dogo argentino, dogo de burdeos, bullmastiff, american staffordshire terrier, staffordshire bull terrier, perro de presa mallorquín, presa canario, bull terrier y fila. El proyecto exceptúa de lo dispuesto a los planteles de perros de las Fuerzas Armadas y de la Policía Nacional (cimarrón uruguayo y pastor alemán).

Por su parte, Gastón Cossia, director ejecutivo del Instituto Nacional de Bienestar Animal, rechazó la iniciativa legal y afirmó que “hay que avanzar en ser más estrictos en el cumplimiento de la norma” que ya existe. En consonancia con el jerarca, la Sociedad de Medicina Veterinaria del Uruguay y la Facultad de Veterinaria de la Universidad de la República plantearon que “la raza no es un factor determinante de la agresividad canina”, y que “de acuerdo a los antecedentes nacionales, aproximadamente el 50 % de los eventos agresivos son producidos por perros cruza”.

La propuesta legal y la discusión han ganado terreno luego de que un niño de cinco años falleciera tras ser atacado por un perro pitbull. Desde aquí intentaremos descentrar la discusión del plano jurídico, prohibicionista y dicotómico, aportando elementos teóricos del antiespecismo, la etología y la sociología.

La dimensión del asunto

A falta de registros fidedignos, se estima que en Uruguay existen 1.750.000 perros, de los cuales la mitad serían de “raza pura” o *pedigree*, siendo el resto producto de diversos grados de mestizaje. En la última década, el Ministerio de Salud Pública registró un promedio de entre 2.500 y 3.000 personas mordidas al año. Generalmente estas mordeduras no tienen consecuencias graves o letales, ya que constituyen 1 % de las consultas pediátricas de urgencia, pero la cobertura mediática y la opinión pública suelen colocar el asunto de un modo magnificado y punitivista, generando un escenario en el cual las posiciones giran en torno a prohibir las razas de moda o a poner en marcha diferentes mecanismos de “rifle sanitario”.

Los estudios que relevan el índice de agresividad de las razas adolecen de problemas metodológicos y no se puede concluir de ellos que la agresividad se deba a la genética, ya que esta también resulta de la influencia de un conjunto de factores ambientales,

²⁶ Este capítulo es una versión modificada del artículo “Prohibición de razas caninas: una postura antiespecista” publicado en *Brecha*.

individuales, fisiológicos, motivacionales, instrumentales y patológicos. Como consecuencia, se pueden encontrar distintos tipos y grados de agresividad canina, ya sea hacia humanos u otros perros: por territorialidad, depredación, posesión, miedo, protección, defensa, dominación, frustración, dolor, agresividad, apareamiento, o agresividad redirigida (que suele acontecer cuando una persona quiere separar una pelea de perros y termina siendo agredida).

Entre los principales problemas a la hora de relevar la agresividad según las razas, está el hecho de que cuando ocurre un accidente, la información sobre la pureza de la raza no es 100 % certera. A su vez, la mayoría de los datos se basan en denuncias a centros hospitalarios o seccionales policiales, lo cual excluye denuncias poco probables de mordidas de razas pequeñas que no generan secuelas físicas ni psicológicas graves.

Los etólogos estiman que un 30 % de lo que un ser gregario es depende de su genética, y el resto lo brinda el ambiente. Dado que el ambiente del perro está determinado por el humano, es en éste donde debe recaer la mayor responsabilidad de sus actos.

En efecto, es en el llamado “período sensible” de los canes —aquel que va del nacimiento a los cuatro meses— donde se produce la socialización que moldeará el carácter del animal por casi toda su vida. En este período se debe prestar especial cuidado a la relación que mantiene con su madre, y especialmente a la importancia de que ésta, mediante el juego, le inhiba la mordida para que en futuras ocasiones la controle.

Si bien puede ser que, en función de la selección artificial que se ha hecho para tareas de caza, guerra o guardia, ciertas razas estén más dispuestas a ciertas formas de agresividad, es mucho más justo evaluar la agresividad de un perro por su temperamento e historia de interacciones con otros congéneres y humanos. En definitiva, todas las razas son potencialmente agresivas si no son estimuladas saludable y tempranamente con su mundo cotidiano, si no se realiza una socialización adecuada y si no son satisfechas sus necesidades básicas, incluyendo a las afectivas —cualquier similitud con la vida humana es mera coincidencia—.

Por lo tanto, una vez descartadas las causas orgánicas de la agresividad canina —como la alteración tiroidea, tumores, disfunción suprarrenal, disfunción cognitiva, trastornos convulsivos y déficits sensoriales, que generan irritabilidad y propensión a reacciones agresivas—, existen varios factores externos que pueden provocar que un perro manifieste un comportamiento agresivo. Entre estos cabe destacar el comportamiento y/o personalidad de los “dueños”, el cuidado y manejo que hagan de él, el origen de los cachorros y el contexto circunstancial en el que se desencadena la agresión. Una investigación de veterinarios de la Universidad de la República constató, respecto a la influencia del origen de los cachorros en el comportamiento agresivo, que “los perros de las tiendas de mascotas tenían más probabilidades de desarrollar problemas de comportamiento, como la agresión, que los obtenidos de criadores no comerciales”.²⁷

Algunas notas sobre el mascotismo

Desde hace aproximadamente 10.000 años la humanidad ha domesticado animales. En un principio lo fue con fines puramente productivos como la obtención de alimento, el labrado

²⁷ [¿Cuáles son las razas de perro más agresivas con los humanos?](#)

del suelo, el transporte, la guerra, la caza, la protección de la propiedad o la lucha contra roedores. Algunas de estas funciones perviven y otras no, y para el caso que nos ocupa, los perros, sus dueños alegan que, más allá de las funciones que estos puedan prestar en materia de seguridad, su función principal es la de compañía —aunque esto aplica principalmente para el medio urbano, pues en el rural aún desarrollan tareas laborales—. Otras funciones residuales pero no menos importantes de estos animales son las terapéuticas y educativas, como pueden darse con los perros lazarillo o en psicoterapias asistidas con animales.

Quienes sostienen que las mascotas o animales de compañía no cumplen ninguna función se equivocan profundamente. Como señala el antropólogo Marvin Harris, “la idea de que las mascotas son inútiles se deriva de las costumbres de posesión de animales de las clases aristocráticas” (Harris, 2012: 288). No obstante ello, la posesión de mascotas aún cumple una importancia crucial en la simbolización del estatus social y en la provisión de compensaciones narcisistas (“el amor incondicional del perro”, “el mejor amigo del hombre”...).

En cuanto a lo que hace a la mascota como símbolo de estatus y moda, sí es cierto que cuanto mayor sea su inutilidad y exotismo, mayor capacidad de consumo se aparenta con su posesión. Pero es en la provisión de compensaciones afectivas donde debe buscarse la principal razón del mascotismo.

En efecto, cada vez más en Occidente las personas resignan de la interacción cara a cara en contextos urbanos, viven en hogares unipersonales, faltos de lazos comunitarios, separados y aislados, pero convencidos de su unión por el ardid de las redes virtuales y de la sociedad del espectáculo (Debord, 2008). Con la excepción de unos pocos afortunados, la mayoría no alcanza niveles mínimos para una vida digna y deben soportar permanentes humillaciones y agresiones de la autoridad. Estas condiciones de vida proveen el marco para una neurosis civilizatoria sin precedentes y condenan a las mayorías al acuciante problema de la soledad y la depresión (la verdadera pandemia de nuestro siglo). En este contexto puede entenderse que los animales de compañía compensen parcialmente la pobreza de las relaciones humanas, aunque más no sea al prestar sus oídos para la escucha —eso que el psicoanálisis tan bien conoce como alivio para la angustia—.

Así, por ejemplo, se explica a la mascota como compañía de ancianos solitarios o como regalo al hijo único. Así se comprende también que una persona busque canalizar su propia agresividad o miedo agresivo con la tenencia de un perro de gran porte con fines de guardia e intimidación o para satisfacer su voluntad de dominio (katharsis agresiva en casos de maltrato y control total de la vida ajena).

El perverso negocio del mascotismo de pedigree y su influencia en la agresividad

Como sucede con todo lo que cae bajo su lógica, el capitalismo ha transformado las relaciones con los animales de compañía en una industria millonaria. Para muestra, el gasto en cuidado de mascotas en 2018 en Estados Unidos alcanzó una cifra récord de 72.560 millones de dólares. Los productos incluidos abarcan la alimentación, los accesorios para mascotas y medicamentos de venta libre, la atención veterinaria, la venta de animales vivos y los servicios no veterinarios (que incluyen el aseo, hospedaje, entrenamiento, cuidado y

servicios de jardinería).²⁸ A su vez, se estima que el tráfico ilegal de especies silvestres con fines mascotistas es el tercer negocio más lucrativo del mercado negro.

En el contexto local, una publicación de “Cachorros bulldog inglés puros”, en la plataforma de compraventa online más reconocida, ofrece estos animales a \$ 150.000 cada uno. La reseña de un “cliente”, como quien opinara sobre un teléfono móvil, dice: “Excelente [sic] producto y muy recomendable. Muy bueno excelente [sic]. Coincide con la descripción [sic] su calidad excelente [sic]”. Otra publicación en la misma web oferta una “Excelente cachorra samoyedo calidad show” a US\$ 3.000. En las fotos que describen el producto, el vendedor se ufana de haberle vendido un cachorro al *celebrity* Flavio Mendoza, quien luce sonriente con un ejemplar a su lado. El negocio de estos criadores es tal, que hay que reservar con anticipación.

Creemos que es en esta pérfida industria donde más deben buscarse las causas de la agresión canina, por diferentes razones que pasamos a detallar.

En primer lugar debe señalarse los perjuicios fisiológicos y psicológicos que genera la eugenesia (selección artificial) con el objetivo de “mejorar la especie” y mantener ciertos rasgos fenotípicos. Es sabido desde la genética que la reducción en la riqueza del intercambio de genes de una especie conlleva una peor salud, hecho que es evidente en la menor esperanza de vida que tienen los perros de *pedigree* frente a los mestizos.

Las malformaciones son otro efecto negativo del experimento a ser dios que realiza el homo sapiens sobre otras especies. Entre ellas está la acondroplasia (enanismo) a la cual se ha condenado genéticamente a varias razas como el dachshund (más conocido como perro salchicha), el basset hound y el bulldog. Estos simpáticos animalitos presentan problemas de espina dorsal y dolores de espalda y, con los años, hernias discales, debido a su columna vertebral extremadamente larga y a sus costillas cortas.

Pasemos a los felinos. Los gatos persas, también debido a la selección humana, han adquirido una peculiar conformación de su rostro y cabeza, característica llamada braquicefalia, que les genera muchos más problemas oculares y respiratorios que al resto de las razas felinas. Es característico en ellos un lagrimeo constante o “epífora” que los hace más susceptibles a conjuntivitis y problemas de piel en la zona que rodea a los ojos, como dermatitis, el “síndrome de la cara sucia”, hongos y otros problemas. Es frecuente también que tengan los ojos más saltones que el resto de los gatos, lo que les expone con mayor frecuencia a úlceras oculares por roces o traumatismos, queratitis, ojo seco y un problema ocular que se conoce como “necrosis corneal”. Además de problemas oculares, tienen frecuentemente problemas respiratorios debido a que la mayoría tienen los orificios nasales o narinas mucho más estrechos y el paladar blando muy largo, lo que produce que les cueste mucho más respirar, y que un simple catarro con mucosidad muy leve haga que tengan que respirar por la boca y que incluso dejen de comer al perder el olfato temporalmente.²⁹

Otro conjunto de problemas de salud en las razas puras es el producido por las mutilaciones a las que se ven sometidos por meros fines estéticos para cumplir con el estándar de la raza. Los casos típicos son el recorte de cola (caudectomía) y orejas (otectomía). El corte

²⁸ [El sector de los animales de compañía alcanza cifras récord.](#)

²⁹ [El gato persa. principales patologías.](#)

de cola supone la amputación con tijeras, cuchillo o goma elástica, comprometiendo así a varios nervios sensitivos que inervan piel, cartílago y hueso, y suele practicarse sin la administración de anestesia y entre los días tres y cinco de edad del cachorro. Este procedimiento lo realizan veterinarios o, cuando éstos se niegan, los propios criadores, sometiendo a un riesgo aún mayor a los cachorros. Lo mismo puede decirse del recorte de orejas. Y por supuesto: son procedimientos innecesarios y muy dolorosos, con posibles complicaciones como hemorragias, infecciones e incluso la muerte; cuando se hacen con anestesia general, muchas veces no resisten y mueren o generan reacciones alérgicas posteriores.

Dejando a un lado la selección artificial realizada por el humano, la forma actual de los perros es resultado de una evolución natural de varios millones de años. Si la cola y orejas no fueran necesarias para ellos, la selección natural se habría encargado de eliminarlas hace ya mucho tiempo. La cola les sirve fundamentalmente para mantener el equilibrio y expresar el lenguaje corporal.³⁰ Los perros manifiestan sus estados anímicos en gran medida a través del lenguaje corporal, y su cola y orejas son dos partes fundamentales en su capacidad de expresión. Alterarlas implica interferir en las relaciones entre perros o perro-humanos y eventualmente producir comportamientos no deseados, como la agresividad.

La cuestión de género también se hace presente en el mascotismo, ya que las hembras reproductoras son las que más sufren en el frenesí racista del *pedigree*. Al ser la fuente de reproducción de la ganancia de los criadores, son forzadas al embarazo una vez tras otra. Puede hacerse un simple cálculo para estimar las ganancias que producen, tomando como ejemplo la raza en cuestión, el pitbull. Teniendo en cuenta que los perros alcanzan la madurez sexual a partir del año o antes; sabiendo que las hembras entran en celo dos veces por año; considerando que permanecen reproductivamente activas durante toda su vida (aproximadamente diez años); teniendo en cuenta que una camada promedio se compone de alrededor de seis cachorros, y, finalmente, tomando el precio promedio de uno de estos cachorros (\$ 7.000), podemos estimar que una hembra pitbull generará la siguiente ganancia a lo largo de su vida: $\$ 7.000 \times 6 \times 2 \times 9 = \$ 756.000$.

Sin lugar a dudas, la búsqueda de la pureza de la raza basada en la perfección de los fenotipos realizada por el *pedigree*, es una empresa que rechazaríamos encendidamente en el plano moral para los humanos, pero que con agrado permitimos para otras especies.

Por su obsesión con la taxonomía y la búsqueda de los rasgos característicos de la especie, la eugenesia que practica el mascotismo tiene un fuerte componente frenológico y nazi-fascista. La frenología es una antigua teoría pseudocientífica que afirmaba la posible determinación del carácter y los rasgos de la personalidad, así como las tendencias criminales, basándose en la forma del cráneo, cabeza y facciones.³¹ Por estas mismas razones, quienes creen en la agresividad innata de ciertas razas también caen en la trampa frenológica.

A su vez, el fascismo nazista suponía la superioridad de un ser humano bien definido, el ario, frente a los demás. Los nazis estaban obsesionados con la cuestión del origen de la etnia aria y ensayaban arduas genealogías con tal de demostrar su pertenencia a ella. En el

³⁰ [Sobre el corte de colas en perros](#)

³¹ [Frenología \(Wikipedia\)](#).

Tercer Reich, el “certificado ario” (*Ariernachweis*) era un documento que probaba que una persona era miembro de la presunta raza aria. A partir de abril de 1933, se requería para todos los empleados y funcionarios del sector público, así como en la educación, y era un requisito indispensable para convertirse en ciudadano del Reich.³² Precisamente el pedigree es también un documento que demuestra genealógicamente la pertenencia de un individuo a una determinada especie. La etimología de la palabra lo revela, pues procede de la expresión “*ped de grue*” (“pata de grulla”), con la que los franceses se referían a las marcas rectas con forma de pata de grulla que los primeros criadores ingleses de caballos utilizaban a modo de árbol genealógico para seleccionarlos. La pronunciación inglesa de “*ped de grue*” acabó convirtiéndola en “*pedigree*”, castellanizándose luego a “pedigrí”.³³ Al fin y al cabo, un Josef Mengele duerme activamente en los deseos de los cultores de razas caninas (y de otras especies).

Como los criadores son ansiosos en entregar los cachorros a cambio de dinero, suelen separarlos de sus madres antes del tiempo indicado, interrumpiendo el proceso de socialización y de la represión de la mordida, de vital importancia en la conducta futura. Según los expertos, la edad recomendada para separar a los cachorros de su madre (si bien en realidad nunca sería deseable hacerlo) es a los tres o cuatro meses de edad. Normalmente, en el mercado de mascotas esto se hace entre el mes y los dos meses. Como consecuencia de esto, muchos de estos animales desarrollan trastornos depresivos o de ansiedad (miedo a personas desconocidas, agresividad con otros perros, ansiedad durante los paseos, problemas de posesión de la comida, ladrido excesivo o comportamientos destructivos en la casa) que acaban deteriorando la relación con sus propietarios (en este caso decimos “propietarios” y no tenedores), quienes, incapaces de sostenerlos, acaban abandonándolos.

La complicidad de la medicina veterinaria

No se puede negar que gran parte de la medicina veterinaria, aunque no sea la única causante del mascotismo, sí se vea sumamente beneficiada por este. No solo se beneficia de las mascotas en general, sino mucho más de las de raza pura, por ser éstas las que presentan mayores problemas de salud y cuidados. Sucede que esta ciencia, contrariamente al imaginario social que la sostiene, no suele estar orientada a los intereses de los animales y su salud, sino a la productividad que los humanos pretenden de ellos.

La médica veterinaria antiespecista Michela Pettorali sostiene que “la profesión veterinaria se dirige básicamente a controlar el modo en el que los animales no humanos son usados y tratados, de manera que la salud y otros intereses de los seres humanos se vean protegidos” (2016: 122). Este actuar se ve respaldado por el estatus jurídico otorgado a los animales, ya que “la legislación vigente, a la que se obliga a atenerse a todo veterinario, indica que los animales deben ser considerados como cosas”. Esta normativa justifica plenamente el uso de los animales como recursos y apenas los resguarda de las formas en las que son dañados.

En realidad, el fundamento de la ciencia veterinaria es la “salud pública”, conceptualizada de un modo enteramente antropocéntrico, siendo su énfasis en el control de las zoonosis una prueba de ello. La autora también señala que la prácticamente inexistencia de una

³² [Ariernachweis \(Wikipedia\)](#).

³³ [Pedigrí \(Wikipedia\)](#).

terapia del dolor para los demás animales es una muestra más del carácter especista en la disciplina.

La bandera del bienestar animal, que tanto la ciencia veterinaria como la industria de la alimentación sostienen con orgullo, se enarbola “con el fin de que un buen cuidado del bienestar de los animales contribuya a la salubridad y calidad de los productos alimentarios” (Pettorali, 2016: 127). Es decir, estableciendo un paralelismo, el bienestar animal es al especismo lo que el desarrollo sustentable es al capitalismo.

Fortalecer las redes zoolidarias de cuidado y rescate

Como sucede con los humanos, miles de otros animales son excluidos por no satisfacer las expectativas de sus “dueños” y son abandonados a su suerte en la calle, en una cuneta o volqueta de residuos. Por fortuna existen redes de solidaridad que los rescatan y acogen hasta encontrarles un hogar responsable.

Con la hospitalidad como medio y fin, en Uruguay existen diversos colectivos e individuos que rescatan y funcionan como hogares transitorios desde una perspectiva antiespecista. Entre ellos cabe mencionar a APA el refugio, Unión de Protectores Independientes, La casa de Alicia, ONG Pegaso Chuy, La Liga Bichera, Animal Help, Animales sin hogar, Refugio Vida Animal, OPA (Organización para los animales), entre tantos otros. También cabe mencionar a Montevideo Horse Save, que se dedica al rescate de caballos y realiza campañas contra los mataderos de caballos, la sangría de yeguas preñadas, las jineteadas y la tracción a sangre. Además está el Proyecto Alas, que se creó con el propósito de brindar información ante el rescate de gallinas, pollos y gallos, visibilizando estos maravillosos seres.

Fortaleciendo a estas redes y generando campañas de castraciones gratuitas y de calidad también se contribuirá a poner fin al problema que nos convoca.

Ladridos finales

No hay “perros asesinos”, y la prohibición de ciertas razas no solucionará el problema. De hecho, en algunos países, luego de poner en rigor una lista de razas potencialmente peligrosas, el número de personas mordidas en comparación con años anteriores no se vio afectado. Pero más allá de este punto, jamás una prohibición ha solucionado un problema ético (la prohibición es, más bien, un problema en sí mismo).

En lo que atañe al plano jurídico del asunto, la propuesta de ley en cuestión es cortoplacista, no exhaustiva y anticientífica. Quizás con mejoras en la fiscalización de la normativa ya existente de tenencia responsable se pueda paliar el problema.

Es mucho más probable que gran parte de la agresividad de los perros, de raza o mestizos, se deba a la industria que los produce y a los modos de vida humanos. Para una solución radical del problema se hace urgente no considerar a los animales como cosas u objetos para la satisfacción egoísta humana. Abolir el mascotismo es una tarea necesaria y parte de la lucha antiespecista. Conectar con nuestra propia animalidad, tan degradada, también se juega en ello.

Conclusiones

Antes que afirmar conclusiones, preferimos hacer nuevas preguntas, plantear nuevos problemas. ¿Qué le estamos haciendo a los demás animales? ¿Qué nos estamos haciendo a nosotros mismos? Estamos ante una cuestión esencial en el sentido filosófico del término. Compartimos la idea de que “la promesa moderna de esclavizar la naturaleza con el fin de liberar a la humanidad tuvo sus consecuencias. En efecto, la modernidad lo puso todo bajo control (el mundo con sus especies), y los humanos compartieron la misma suerte” (Correa, 2015: 3). Efectivamente el sueño de la razón produjo monstruos.

Cuando la humanidad se pregunta por lo animal —y por ende, lo humano— y procura en ello una definición de lo uno o lo otro, no vemos ahí más que un camino errado, un problema mal formulado. Porque lo importante no es el sujeto del enunciado —mucho menos lo predicado—, sino el sujeto de la enunciación. Se trata de no caer en la trampa esencialista para poder pensar y habitar (copensar) lo abierto y lo múltiple.

Espero haber aportado en este trabajo, especialmente en la primera parte, los suficientes argumentos, algunos de ellos traídos de investigaciones científicas, para comprender que la perspectiva de la catástrofe ecosocial nos enfrenta a la necesidad urgente de construir una sociedad hospitalaria, solidaria y amistosa en la cual quepan todos los mundos, humanos y animales. Se trata de tender puentes, de hilvanar nuevos lazos, basados en el amor.

Este necesario proyecto de instituir una nueva humanidad —la humanidad que libera a la animalidad en sí y para sí— demuestra ser, además, beneficioso en innumerables aspectos para la propia especie humana, tal como se desprende de los análisis realizados en la segunda parte, donde recojo algunas claves provenientes de la ciencia de la nutrición y del veganismo como postura dietética-política.

En el plano filosófico-político profundizado en la tercera parte propongo que la máquina antropológica, como fundamento de la producción de lo humano-animal, debe detenerse en pos de bienes más supremos como el de la libertad —entendida no en su acepción liberal, sino anarquista— y ser sustituida por nuevas máquinas, por otras formas de producción de subjetividad.

La reconceptualización del especismo como expresión antropocéntrica del racismo de Estado aquí esbozada abre una interesante línea de estudios para la psicología social, que encaja muy cómodamente en mis intereses de desarrollo futuros: psicología social, antiespecismo, psicoanálisis y anarquismo.

Quizás pueda leerse como algo contradictoria esta conjunción de “anarquismo y psicoanálisis”, visto que se conoce muy bien el carácter burgués del segundo. Sin embargo, aquí invocamos a un psicoanálisis heterodoxo, libre de sus conservadores y patriarcales lastres fundacionales. Este psicoanálisis, que bien puede ser el propuesto por Deleuze y Guattari —esquizoanálisis—, debe ser revolucionario y mostrarse apto para pensar en agenciamientos más que humanos.

El pensamiento de Wilhelm Reich es un claro ejemplo del esfuerzo en este sentido, puesto que embiste tanto contra el Estado y el capital cuanto al conservadurismo del psicoanálisis, abriendo la reflexión a campos novedosos —en aquel entonces— como el del patriarcado. He aquí una muestra:

La estructura caracteriológica del hombre actual (que está perpetuando una cultura patriarcal y autoritaria de hace 4-6 mil años), se caracteriza por *un acorazamiento contra la naturaleza dentro de sí mismo y contra la miseria social que le rodea*. Este acorazamiento del carácter es la base de la soledad, del desamparo, del insaciable deseo de autoridad, del miedo, de la angustia mística, de la miseria sexual, de la rebelión impotente así como de una resignación artificial y patológica. Los seres humanos han adoptado una actitud hostil a lo que está vivo dentro de sí mismos, de lo cual se han alejado. Esta enajenación no tiene origen biológico, sino social y económico. No se encuentra en la historia humana antes del desarrollo del orden social patriarcal (Reich, s/f: 10) (cursivas del autor).

El señalamiento de Reich no es nada errado y ha sido abonado luego por profundizaciones posteriores de su obra. La tesis es que lo que opera en el fondo del especismo y del patriarcado es el control de la energía sexual. Casilda Rodrigáñez (2011) es una de las autoras que continúa esta línea teórica, al señalar que existen vínculos históricos entre la represión de la sexualidad (femenina) y la opresión de los animales. Esto es: habiendo aprendido primero a controlar (domesticar) la energía sexual de los animales (mediante técnicas como la castración) el patriarcado habría luego redirigido esa opresión hacia las mujeres.

Como se ve, los vínculos propuestos entre sexualidad y animalidad abren un campo de reflexión interesante para el psicoanálisis, tanto en la teoría como en el ámbito clínico. Pensemos, por ejemplo: ¿existe la transferencia con los animales; qué características adquiere? ¿Cuál es la potencialidad de las terapias asistidas con animales? ¿Qué implican las cada vez más frecuentes “familias multiespecie”? ¿Cómo se expresa la neurosis en los animales que conviven con humanos?

Por último, existe un horizonte de análisis que intersecta la reflexión biopolítica y la explotación animal con la teoría anarquista (el anarquismo antiespecista que grita: “Ni dios, ni amo, ni carnicero”) del cual aquí hemos mostrado algunas líneas, pero que también merece futuras profundizaciones. Esta reflexión podría orientarse primeramente en una revisión del pensamiento de los clásicos (Proudhon, Bakunin, Kropotkin y otros) y luego en las reformulaciones hechas en el siglo XX a la luz del pensamiento postestructuralista. Tenemos, por ejemplo, la defensa del veganismo —sin haber utilizado este concepto— hecha por León Tolstoy. Pero lo más importante de este esfuerzo histórico-documentalista radicará, no tanto en una arqueología orientada al pasado, sino al porvenir.

Referencias bibliográficas

- Academy of Nutrition and Dietetics (2016). "Position of the Academy of Nutrition and Dietetics: Vegetarian Diets". Journal of the Academy of Nutrition and Dietetics. Disponible en: <https://www.eatrightpro.org/-/media/eatrightpro-files/practice/position-and-practice-papers/position-papers/vegetarian-diet.pdf>
- Adams, Carol (2016). *La política sexual de la carne. Una teoría crítica feminista vegetariana*. ochodoscuatro ediciones: Madrid.
- Agamben, Giorgio (2011). "¿Qué es un dispositivo?" *Sociológica* (México), 26(73), 249-264. Recuperado el 21 de mayo de 2020, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-01732011000200010&lng=es&tlng=es.
- ___ (2016). *Lo abierto. El hombre y el animal*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.
- Antagonism & Practical History (2017). "Bestias de carga. Un intento de replantearse la separación entre la liberación animal y las políticas comunistas". Consultado en: <http://ochodoscuatroediciones.org/libro/bestias-de-carga/>
- Banco de Seguros del Estado (2018a). "Monitor de accidentes laborales temático. Accidentes laborales en el sector Frigorífico". Uruguay. <https://institucional.bse.com.uy/wps/wcm/connect/44fbd89d-fc14-4df8-a401-6f6d403bda70/sector-frigorifico.Pdf?MOD=AJPERES>
- Banco de Seguros del Estado (2018b). "Monitor de accidentes laborales temático. Accidentes laborales en el sector Agropecuario. Uruguay. <https://institucional.bse.com.uy/wps/wcm/connect/cb25d53b-a6fa-44c9-9326-a6813d267a7e/Monitor+especial+-+Accidentes+en+el+Sector+Agropecuario.pdf?MOD=AJPERES>
- Banco de Seguros del Estado (2019a). "Monitor de enfermedades profesionales". Uruguay. <https://institucional.bse.com.uy/wps/wcm/connect/21ad862a-84c0-4d7f-a908-d56cb531e45d/Reporte+de+Enfermedades+Profesionales+2019.pdf?MOD=AJPERES>
- Banco de Seguros del Estado (2019b). "Monitor fallecidos a causa de accidentes laborales". Uruguay. https://institucional.bse.com.uy/wps/wcm/connect/bf5504bd-fcb4-4f42-951d-31e3ccd8ccd8/Reporte+de+Accidentes+Laborales_Fallecidos2019.pdf?MOD=AJPERES
- Bonilla, Camila (2019). "¿Es posible un pensamiento más que humano? Notas a partir de la obra de Vinciane Despret". *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales*, año VI, volumen I.
- Correa, Gonzalo (2019). "Variaciones de la carne: tecnología, política y animalidad. Una exploración desde la Psicología Social". Trabajo presentado en Seminario Internacional, Universidad Diego Portales, Santiago, Chile.

- D'Auria, Aníbal, (2007). *El anarquismo frente al derecho. Lecturas sobre propiedad, familia, Estado y justicia*. Libros de Anarres: Buenos Aires.
- Debord, Guy (2008). *La sociedad del espectáculo*. La marca editora: Buenos Aires.
- Encyclopædia Britannica (1957), vol. 1, William Benton Publisher: Chicago, London, Toronto.
- FAO (2009). *La larga sombra del ganado. Problemas ambientales y opciones*. FAO: Roma.
- Ferrater Mora, José (1997). *Diccionario de filosofía de bolsillo*. Madrid: Alianza.
- Foucault, Michel (1996). *Genealogía del racismo*. Buenos Aires: Altamira.
- ___ (2010). *El coraje de la verdad: el gobierno de sí y de los otros II. Curso en el Collège de France 1983-1984*. Buenos Aires: FCE.
- ___ (2014). *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Greger, Michael. Canal NutritionFacts.org (8 de mayo de 2017). How Our Gut Bacteria Can Use Eggs to Accelerate Cancer. YouTube
<https://www.youtube.com/watch?v=pKgriQeRvb0&list=TLPQMTgwMjIwMjJk1kgwNUm6CQw&index=7>
- Harris, Marvin (1990). *Antropología cultural*. Alianza editorial: Madrid.
- ___ (2012). *Bueno para comer*, Alianza editorial: Madrid.
- Hribal, Jason (2014). *Los animales son parte de la clase trabajadora y otros ensayos*. Ochodoscuatro ediciones: España. Disponible en:
<http://ochodoscuatroediciones.org/libro/los-animales-son-parte-de-la-clase-trabajador-a-y-otros-ensayos/>
- Ibáñez, Tomás (comp.) (2004). *Introducción a la psicología social* (pp. 53-91). Barcelona: UOC.
- Intergovernmental Panel on Climate Change (2021). *Climate Change 2021. The Physical Science Basis*. WMO.
- Journal of the Academy of Nutrition and Dietetics (2016). "Position of the Academy of Nutrition and Dietetics: Vegetarian Diets". 116(12), 1970-1980.
- Kaczynski, Theodore (1997). *El manifiesto del Unabomber. La sociedad industrial y su futuro*. Perfil: Buenos Aires.
- Kropotkin, Piotr (2015). *El apoyo mutuo*. Editorial Tierra del Sur, Yegua ediciones y Ediciones Anarquía: s/d.
- Mbembe, Achilles (2011). *Necropolítica*. España: Editorial Melusina.
- Meadows, Donella et al. (1972). *Los límites del crecimiento. Informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad*. FCE: México.

- Michaëlsson, Karl et al. (2014). "Milk intake and risk of mortality and fractures in women and men: cohort studies". *BMJ* 2014;349:g6015.
- Ministerio de Salud Pública (2019). *Guía alimentaria para la población uruguaya*. Depto de Comunicación y Salud del Ministerio de Salud: Uruguay.
- Pettorali, Michela (2016) "Una crítica a la profesión veterinaria desde una perspectiva antiespecista". *Revista de Bioética y Derecho*, nº 37.
- Pieper, M.; Michalke, A. & Gaugler, T. (2020). "[Calculation of external climate costs for food highlights inadequate pricing of animal products](#)". *Nature Communications*, 11(6117).
- Poore, Joseph & Nemecek, Thomas (2018) "[Reducing food's environmental impacts through producers and consumers](#)". *Science*, 360(6392).
- Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente & Instituto Internacional de Investigación en Ganadería (2020). *Prevenir próximas pandemias. Zoonosis: cómo romper la cadena de transmisión*. Nairobi, Kenya.
- Reich, Wilhelm (s/f). *La función del orgasmo. El descubrimiento del orgón. Problemas económico-sexuales de la energía biológica*. Consultado en: <https://fundacionmenteclara.org.ar/biblioteca/LaFuncionDelOrgasmo.pdf>
- Rodrigáñez, Casilda (2011). *El asalto al Hades. La rebelión de Edipo*. Edición Colectiva: s/l.
- Schaeffer, Jean-Marie (2009). *El fin de la excepción humana*. Buenos Aires: FCE.
- Stanescu, James (2012). "Beyond Biopolitics: Animal Studies, Factory Farms, and the Advent of Deading Life". *PhaenEx* 8, nº 2.
- Tarde, Gabriel (2006). *Monadología y sociología*. Buenos Aires: Cactus.
- Taibo, Carlos (2016). *Colapso. Capitalismo terminal, transición ecosocial, ecofascismo*. Catarata: Madrid.
- Tonstad, Serena; Butler, Terry; Yan Ru & Fraser, Gary (2009). "Type of vegetarian diet, body weight, and prevalence of type 2 diabetes". *Diabetes Care*. May;32(5):791-6. doi: 10.2337/dc08-1886.
- Trischler, Helmuth (2017). "El Antropoceno, ¿un concepto geológico o cultural, o ambos?". *Desacatos* nº 54.
- Uddin, Lisa (2009). "Nicole Shukin, Animal Capital: Rendering Life in Biopolitical Times". *Humanimalia*, 1(1), 75–79. <https://doi.org/10.52537/humanimalia.10119>
- Veall, Frederick (1993). *Estructura y funcionamiento de mataderos medianos en países en desarrollo*. FAO: Roma. Consultado en: <http://www.fao.org/3/t0566s/T0566S00.htm#TOC>
- von Uexküll, Jakob (2016). *Andanzas por los mundos circundantes de los animales y los hombres*. Buenos Aires: Cactus.

Filmografía

Chaiklin, Rebecca & Goode, Eric (directores) (2020). *Tiger King*.

Cowperthwaite, Gabriela (directora) (2013). *Blackfish*.

Ehrlich, Pippa & Reed, James (directores) (2020). *Mi maestro el pulpo*.

Orlowski, Jeff (director) (2017). *En busca del coral*.

Taylor, Amy (director) (2021). *Milked. White Lies in Dairy Land*.